

Modernidad reflexiva y/o «tercera vía»

Bernat Riutort Serra

Bernat Riutort Serra es Profesor Titular de Filosofía Moral y Política de la Universidad de las Islas Baleares, Departamento de Filosofía, Universidad de las Islas Baleares; Edificio Ramón Llull, C/ Valldemossa, Km 7,5. (07071) Palma de Mallorca España. Tel.: 971 1730 23. e-mail: bernat.riutort@uib.es

Resumen

A comienzos de los años noventa A. Giddens elabora un diagnóstico sobre las consecuencias no deseadas de la radicalización de la modernidad. Esta segunda modernidad nos precipita hacia una sociedad del riesgo fabricado. Para afrontar esta nueva situación propone la política del «realismo utópico». A mitad de los noventa, enfrentado a la necesidad de articular una alternativa al gobierno neoliberal en Gran Bretaña analiza el panorama ideológico-político con el objetivo de renovar el laborismo y ofrecer un nuevo programa para ganar las elecciones, la «tercera vía». El artículo analiza la incompatibilidad entre ambos programas, las razones del cambio y critica las falacias en el desplazamiento desde uno hacia el otro.

Summary

In the beginning of the ninetieth A. Giddens makes a diagnostic about the non-intentional consequences of the radicalization of modernity. This second modernity pushes us in a society of manufactured risk. In order to face this new stage he proposes the politics of utopian realism. In the middle of the ninetieth, faced to the need of articulating an alternative to the neoliberal government in the U.K. he analyzes the ideological and political context in order to renew Laborism and offer a new agenda to win the elections, the Third Way. This paper analyzes the incompatibility between both programs, the reasons explaining the shift, and it criticizes the fallacies underlying the displacement from one toward the other.

La caída del muro de Berlín se ha convertido en la metáfora del final de un período de la historia que comienza con la Primera Guerra Mundial y la Revolución Bolchevique y acaba con la desaparición de la Unión Soviética. Después de dicho cambio tanto en el campo de la filosofía y las ciencias sociales como en el de la política surgieron muchas respuestas en la teoría y el discurso político que cubren las diversas bandas del espectro izquierda/derecha. No obstante la complejidad y pluralidad de los discursos, pueden agruparse en cuatro modos de reacción básicos:

1. Las voces que desde las derechas y el centro derecha proclamaron la victoria definitiva del capitalismo-liberal-democrático. Convertido de pronto, explícita o implícitamente, en la culminación histórica del camino de la humanidad. El denominador común de todas estas posturas era, no sólo, ser acríticas y favorables al status quo económico y político, sino, también, disponer de una combinación de recursos económicos, medios de comunicación y centros de producción editorial y mediática sin precedentes para elaborar la ideología y difundir el mensaje del triunfo.

2. Las voces de quienes, procedentes de diversos sectores intelectuales y políticos, derivaron hacia una actitud apolítica, esteticista o neoidentitaria, abandonando la cuestión económica, social y política de fondo sobre el modelo de sociedad que hasta entonces subyacía a las diversas elaboraciones sobre la sociedad política. Estos sectores buscaron refugios personales o grupales en los que crear círculos de reconocimiento y paliar el desconcierto y la falta de relación con la práctica, resituando su actividad discursiva en espacios reducidos y protegidos respecto de la redefinición del nuevo marco hegemónico que se estaba produciendo.

3. Las voces que desde el centro-izquierda y las izquierdas intelectuales y políticas negaron la significación profunda del cambio, comportándose en una de las variantes de «¡Esto no va con nosotros!», o «¡Aquí no ha pasado nada!». Realimentando discursos reformistas o revolucionarios que se acomodaban, paradójicamente, al nuevo orden. Ello ocurría cuando los resultados de las versiones socialdemócrata y soviética de la política se enfrentaban a situaciones adversas. La primera, a comienzos de los años noventa, pasó por una profunda crisis discursiva y práctica; la segunda, sufrió una implosión definitiva que la llevó hasta su práctica desaparición.

4. Las voces de quienes desde finales de los años sesenta, con flujos y re-flujos, en tres oleadas diversas, pero sin interrupciones, fueron emergiendo desde ámbitos y lugares diversos de la sociedad civil con nuevas e informales manifestaciones de lo político y de la política, aportando nuevos elementos cultural-civilizadores en la teoría y, de manera más relevante, en forma de nuevos

movimientos sociales. Configurando un nuevo horizonte de acción política que no se acomodaba a los marcos definidos para lo político y la política; prácticas y espacios discursivos nuevos que, en la mayoría de los casos, abrían vías de renovación política.

La posición teórico-política de Giddens a comienzos de los años noventa pretende ser una respuesta a las voces que agrupamos en el primer y segundo apartado; una respuesta articulada desde posiciones afines con las que hemos agrupado en el tercer y cuarto apartado aunque, intelectualmente, en todo momento, valorando las consideraciones de quienes critica, incorporando algunos de sus elementos, tanto de los adalides del status quo, como de los que buscan espacios protegidos.

Desde esta perspectiva pretendemos situar y valorar las aportaciones teóricas de Giddens a principios de los noventa: Por una parte, considerando la situación del discurso laborista, estancado desde que estructuró y gestionó el Estado del bienestar británico y que, en los ochenta, sufrió el vendaval neoliberal que proclamaba el triunfo del capitalismo manchesteriano. Por otra parte, como teórico comprometido en los debates innovadores de la teoría social que, desde la filosofía y las ciencias sociales, pugnaban por ir «más allá» de los cada vez más insatisfactorios discursos críticos admitidos.

Desde los años sesenta el trabajo de Giddens se desarrolló reinterpretando a los clásicos del pensamiento social (1971), reflexionando sobre teoría y filosofía social (1976) y sintetizando críticamente las discusiones sobre las clases sociales y la división del trabajo en las sociedades avanzadas (1981). Dos textos de los ochenta presentan su teoría de la estructuración social y su teoría de las sociedades modernas; La constitución de la sociedad (1984) y El Estado-nación y la violencia (1985). Sin embargo, estos textos no analizan los fenómenos de las sociedades avanzadas a finales del siglo XX. Es en los noventa cuando analiza las transformaciones de las sociedades de la modernidad tardía e intenta renovar el discurso político.

El diagnóstico y su primera propuesta política se desarrollan en varios escritos, elaborados entre los años noventa y el noventa y cuatro; Consecuencias de la modernidad (1990), Modernidad e identidad del yo (1991), Transformaciones de la intimidad (1994) y su aportación al texto La modernidad reflexiva (1994), cuyo título es «Vivir en una sociedad postradicional». Su segunda propuesta política se expone en los textos del noventa y cuatro y noventa y ocho, Más allá de la izquierda y la derecha (1994) y La tercera vía (1998) seguidos por una divulgación de sus análisis y diagnósticos en Un mundo desbocado (1999) y la entrevista que Giddens mantiene con Will Hutton en el libro del cual ambos son editores; En el límite. La vida en el capitalismo global (2000). Para ser más precisos,

sostenemos que el análisis crítico de Giddens de principios de los noventa se hace desde una perspectiva en la que la afinidad de temas y razones críticas lo sitúan en la cuarta posición. A partir de la mitad de los años noventa la óptica adoptada depende más de temas y razones procedentes de la tercera posición, en un intento de renovar la versión británica de ésta, el laborismo. Sostenemos que Más allá de la izquierda y la derecha es un texto que se encuentra a medio camino entre la primera y la segunda propuesta políticas. No es compromiso entre ambas, están yuxtapuestas. En el resto de nuestro escrito documentamos la interpretación y argumentamos que ambas versiones son incongruentes: lo que Giddens pretende solventar con la segunda no es adecuado a los problemas planteados en la primera. Como no se desdice de lo planteado anteriormente existe una contradicción patente. El análisis de la primera posición puede servir para criticar de manera contundente su segunda posición en la que se da una falacia de base y valoraciones unilaterales. De la interpretación presentada sacamos conclusiones teóricas y políticas.

El diagnóstico de la modernidad reflexiva y sus consecuencias no deseadas

A mitad de los años ochenta Giddens dispone de una teoría de la modernización social que parte de la discontinuidad histórica. Dicha teoría se halla expuesta en Estado-nación y violencia. En Consecuencia de la modernidad esta teoría se convierte en el punto de partida.

Para Giddens; 1) a diferencia de las teorías evolucionistas clásicas, la historia no tiene una unidad ni se rige por el desarrollo de principios que hallan su concreción en diversas etapas del continuum del progreso humano. 2) A diferencia del materialismo histórico, la discontinuidad no surge como resultado de la determinación de la contradicción económica en última instancia sobre las estructuras jurídico-políticas e ideológicas que impulsan el conflicto de clases y su transformación revolucionaria, ni por un telos dialéctico que impulse el avance de la historia a la superación de dichas contradicciones por el peor lado. 3) A diferencia de las teorías posmodernas, su tesis no concluye con el fin de la modernidad como resultado de la caída de las grandes meta narraciones históricas y el consecuente advenimiento del nihilismo.

Los posmodernos, de la tesis del fin de las grandes meta narrativas históricas siguen el fin de las ideas de la ilustración y, definida en torno a las ideas ilustradas, el fin de la misma modernidad. Giddens acepta parte de las tesis posmodernas, específicamente, la del fin de las «grandes meta narrativas» históricas, las más importantes de las cuales son el evolucionismo y el materialismo histórico, pero contrariamente a los posmodernos, no identifica las grandes meta narrativas con la ilustración y con la modernidad. Los términos ilustración y modernidad

tienen un contenido más amplio. En concreto, el enfoque posmoderno carece de un análisis institucional de la modernidad que Giddens considera esencial.

La discontinuidad histórica que interesa para el análisis de las sociedades desarrolladas es la que se establece entre sociedades tradicionales y sociedades modernas. En Giddens, el concepto de modernidad alude a las formas de vida y organización social que surgieron en Europa occidental en el siglo XVII y se expandieron por todo el mundo. Estas relaciones desarticulaban las instituciones y las formas de vida tradicionales, ubicadas en el lugar de la interacción. Como consecuencia el ritmo, el ámbito y la naturaleza de las instituciones se transformó. De manera que «discontinuidad» marca una fractura en el orden espacial y temporal en las formas de vida y organización social.

Para Giddens, las instituciones de la modernidad se configuran en cuatro grandes grupos de relaciones que se influyen mutua e intensamente, sin que uno sea dominante en última instancia. Tales agrupamientos organizativos son:

El económico. Desde el siglo XVII en Europa occidental se inicia el desplazamiento del mundo agrario feudal por formas de producción capitalista. El proceso de reproducción ampliada del capital se autonomiza siguiendo su propia dinámica expansiva y absorbiendo en su relación de cada vez más formas de producción, distribución y consumo. Paralelamente, el ámbito económico se separa del político y del social.

El industrial. Desde finales del siglo XVIII, en Occidente, como forma de producción de mercancías, la artesanía es sustituida progresivamente por la industria. Con la industria se aplican máquinas a la producción con el fin de sustituir las tareas humanas repetitivas y se les asocia la fuerza motriz procedente de fuentes de energía inanimada. El proceso aumenta enormemente la división del trabajo, la capacidad productiva y la productividad, ampliando el dominio humano sobre la naturaleza.

El Estado-nación. En el siglo XVII, en Occidente, se inicia un proceso de desarticulación de las formas locales de vida y la emergencia de nuevas relaciones dentro de las fronteras del Estado. El Estado-nación es el continente de cada sociedad. El sistema político y administrativo tiene jurisdicción sobre dicha población. Con los otros Estados forma el sistema de Estados.

La vigilancia. 1) La administración del Estado supervisa las actividades de la población. A su vez, se crea una red civil de instituciones especializadas en el control de colectivos de población. La vigilancia es directa cuando algún tipo de institución cerrada regula el régimen de vida interior o, indirecta, cuando se basa en el control de la información en un sentido amplio. 2) El Estado centraliza y desarrolla los medios materiales y humanos para hacer la guerra y los aparatos de control policial y judicial de la población.

En cuatro siglos, las cuatro formas modernas de agrupamiento se han extendido por todo el mundo. Para Giddens, al finalizar el siglo XX la mundialización de las instituciones de la modernidad es una realidad. No estamos en un período posmoderno. Las instituciones básicas de las sociedades avanzadas son las mismas que surgieron con la modernidad. Lo nuevo es que dichas instituciones han alcanzado un desarrollo que cambia el carácter de los problemas con los que se enfrentan los países avanzados. La culminación, extensión y complejidad de las formas de vida y organización social de la modernidad generan consecuencias no previstas. Desplaza la naturaleza no mediada, o poco mediada, de los problemas básicos a los que nos enfrentamos.

Los grandes peligros y males de las sociedades tradicionales provenían de la naturaleza (hambrunas, epidemias, falta de vivienda y abrigo adecuados, etc.) o, de formas tradicionales de conflicto con los otros (guerras, bandidaje, etc.). En las sociedades avanzadas el acento en los peligros se ha desplazado hacia los riesgos generados por el avance de la modernidad (vigilancia, riesgo de conflagración nuclear, degradación ecológica, crisis financieras, enfermedades civilizadoras, exclusión social, mafias internacionales, desempleo, fundamentalismo, etc.).

Cabría hacer un aparte en el comentario para especificar que el esquema de Giddens sobre el desarrollo simultáneo de los cuatro agrupamientos modernos sólo es aplicable a las sociedades capitalistas avanzadas occidentales ya que si incluimos a las sociedades menos desarrolladas no occidentales, que son la mayoría, la extensión de dichas instituciones es muy desigual y coexisten junto a formas e instituciones tradicionales de diversos tipos, sin estar garantizado que su evolución futura siga la pauta de las sociedades occidentales desarrolladas, más bien cabría suponer que se pueden dar significativas diferencias y desarrollos. Cabe estipular la probabilidad de otras modernizaciones. Véase como ejemplo la modernización japonesa que se ha llevado a cabo manteniendo instituciones tradicionales como la familia y la tradición que han jugado y siguen jugando un papel primordial como mecanismos de control social. No parece que Giddens logre eludir a su pesar un cierto sesgo evolucionista occidental-céntrico.

Detrás de los agrupamientos institucionales Giddens localiza tres fuentes institucionales de la dinámica moderna. Esas fuentes condicionaron la transición de la sociedad tradicional a la moderna; 1. el distanciamiento espacio-tiempo, 2. el desanclaje de las relaciones sociales y 3. la reflexividad social.

A la afirmación anterior puede objetarse: en términos de causalidad las «tres fuentes» no pueden ser la causa del dinamismo de la modernidad, por «estar detrás» de los agrupamientos institucionales, es decir, por ser antecedentes. El espacio-tiempo y el desanclaje, son, respectivamente, características de las

nuevas relaciones institucionales, no se dan al margen de ellas, van asociadas. La reflexividad va asociada y es consecuencia de la complejidad que han adquirido dichas relaciones y organización de las instituciones, no es un antecedente. Es decir, «las tres fuentes del dinamismo de la modernidad» surgen con los nuevos agrupamientos institucionales modernos. Más que «fuentes», sería conveniente caracterizarlas como fenómenos que se manifiestan asociados con las nuevas instituciones sociales modernas.

1. Tiempo y espacio son las dimensiones en las que se desarrolla la interacción social, de las relaciones cara a cara a las abstractas, de las personalizadas a las anónimas, de las informales a las institucionalizadas. En las sociedades tradicionales el «cuándo» se asociaba al «dónde» o a acontecimientos naturales, locales y periódicos. Con la modernidad el tiempo abstracto se ha impuesto de manera universal; el tiempo del reloj sincronizado mundialmente y el calendario. Con el espacio ha ocurrido un proceso de abstracción semejante. «Espacio» ha dejado de significar «lugar». El lugar en las sociedades tradicionales se refiere a un emplazamiento en el que se desarrollan la mayoría de las interacciones. En las sociedades modernas las relaciones a distancia entre ausentes se incrementan, rompiendo el marco casi total de relaciones de presencia. La separación y abstracción de tiempo-espacio da la medida en la que las relaciones sociales han dejado de depender del lugar y la presencia.

2. El desanclaje conceptualiza la discontinuidad histórica y sintetiza y reinterpreta diversos conceptos que la sociología ha venido elaborando para explicar el cambio de las sociedades tradicionales en modernas. Las relaciones tradicionales estaban ancladas en un ámbito local. La desvinculación ha desanclado las relaciones sociales del marco local. Las relaciones de lugar que las han sustituido se han reanclado mediadas a través de relaciones más extensas y abstractas. Las nuevas relaciones institucionales se han organizado de forma más racionalizada y dinámica, aunando lo local con lo global. Giddens distingue dos tipos de mecanismos de desanclaje; las señales simbólicas y los sistemas expertos:

Las señales simbólicas son medios que pasan de unos a otros. Entre estos destaca el dinero. El dinero es un medio de intercambio que prescinde del valor de uso de los bienes y servicios cambiados, representa su valor de cambio. Para Keynes, el Estado moderno confiere al dinero propiedades. El dinero moderno es un medio de prórroga de pagos que conecta crédito y deuda; abre un paréntesis en el tiempo del intercambio. El actual mercado mundial de valores ha llevado al extremo el desanclaje del tiempo-espacio; el tiempo de cambio, desde cualquier lugar del globo, durante las veinticuatro horas, puede efectuarse en tiempo real. Entre estas señales simbólicas que recientemente han adquirido notoriedad en

el mundo globalizado de la publicidad cabe añadir a la citada por Giddens, las «marcas» (o logo), como presunción de una forma de vida e identidad de sus portadores reconocida y asimilada imaginariamente al producto-marca que ha adquirido la categoría de global. Los productos marcados por un logo dejan de significar valores de uso para cubrir necesidades básicas y pasan a ser valores de cambio que representan formas de vida e identidad.

Los sistemas expertos son dispositivos profesionales y técnicos altamente especializados que cubren cada vez más áreas de la vida cotidiana. Hemos depositado la confianza en estos sistemas que mediatizan nuestra acción material y social. Se confía en el funcionamiento de los sistemas expertos aunque no se conozcan sus riesgos, ni los profesionales que los ponen en práctica. Los sistemas expertos desvinculan las relaciones del ámbito local y las vinculan con relaciones más abstractas, funcionales y distantes en el espacio-tiempo, convirtiéndose en mecanismos de desanclaje. Para paliar el efecto de abstracción y anonimato que genera la sensación de peligro, se dota a los sistemas de puntos de acceso «personalizados», induciendo en los usuarios la sensación de credibilidad en el sistema abstracto y distanciado.

3. Reflexividad. Las sociedades tradicionales integran la acción en el espacio-tiempo comunitario. Suponen la continuidad entre pasado, presente y futuro. La interpretación del pasado es la clave de la interpretación del presente y del futuro. En la modernidad, la reflexión sobre la tradición tiene otras características; la continuidad con el pasado ha de justificarse a la luz de nuevos conocimientos. La tradición justificada no recibe su validez de la sacralidad del pasado, sino del juicio presente. Es una forma de validez no tradicional de la tradición. La interpretación a la luz del conocimiento presente de la tradición introduce en la interacción la dinámica de la reforma. Las reformas modifican las convenciones que orientan la acción. La reflexividad penetra en las convenciones e incluye la reflexión en segundo grado, la reflexión sobre la reflexión.

La fiabilidad, el riesgo y la incertidumbre en la modernidad reflexiva

La fiabilidad es el supuesto no cuestionado en el que se basa el funcionamiento de los mecanismos modernos de desanclaje, sean señales simbólicas o sistemas expertos. La consideración de la fiabilidad plantea las garantías de funcionamiento, el riesgo que generan, o sea, las posibles contingencias y resultados imprevistos. En las sociedades modernas existen ambientes de riesgo y situaciones de riesgo. El riesgo se convierte en objeto de cálculo.

La fiabilidad tiene una dimensión existencial, la seguridad ontológica. La

seguridad ontológica es un tipo especial de confianza, el más básico para el individuo; se refiere a la formación y al mantenimiento de su identidad. De este sentimiento depende su confianza anímica. Le protege contra el sentimiento de irrealidad, disociación personal, persecución y angustia existencial. La confianza ontológica se adquiere en la primera edad cuando se forma la base de la personalidad. El niño y la niña aprenden a confiar en la consistencia del mundo y en la afectividad ligada a él que le transmiten las personas de su entorno en una relación en la que es reconocido.

En las sociedades premodernas la seguridad ontológica se forma asociada con las relaciones de parentesco, comunitarias y tradicionales. Las dinámicas modernas de abstracción del espacio-tiempo, desanclaje y reflexividad modifican la producción de seguridad ontológica en las relaciones de intimidad sexual, en las relaciones padres-hijos y en las relaciones de amistad. Además, en las sociedades premodernas las religiones aportan sentido a las situaciones vitales. Por el contrario, la secularización y pluralidad modernas dejan al individuo la construcción reflexiva del sentido.

La globalización y la transformación de la intimidad se conectan. La mediación de las acciones por los sistemas abstractos exige un tipo de fiabilidad diferente de la premoderna. Ahora, los participantes proyectan y mantienen la relación al ocuparse reflexivamente de ella. En la modernidad compleja las relaciones personales dependen de la fiabilidad de los proyectos reflexivos. Han de basarse en la atribución de franqueza al otro y viceversa, de lo contrario se disgregan los lazos de confianza sobre los que se sostienen.

En la modernidad radical la ciencia pierde la positividad de la que estuvo investida en la primera modernidad, es más conjetural en el caso de las ciencias naturales y hermenéutica en las sociales. En estas últimas, el conocimiento forma parte de las formas de vida. El aumento del conocimiento social influye sobre las interpretaciones sociales, alterando el mundo social: es contextual y no lineal. Un mayor conocimiento de la vida social no se traduce necesariamente en un mayor control de nuestro destino.

En la modernidad radical la seguridad se somete a la reinterpretación de las afirmaciones que la sostienen. No sólo se desacreditan el evolucionismo y el positivismo de la primera modernidad. Los individuos que actúan han de considerar la contingencia, acudiendo al razonamiento contrafáctico de posibles escenarios para la acción. Obramos en situaciones que no podemos comprobar empíricamente. Además, el diagnóstico sobre los riesgos sitúa a los legos en medio de la controversia entre expertos de centros, especialidades y tendencias diferentes. La dificultad de la decisión se complica por las manipulaciones

interesadas sobre riesgo difundidas por grandes redes de información y el aturdimiento ante tantos desastres que colapsan la opinión.

Las instituciones modernas generan amplias áreas de seguridad y confianza donde había peligro y desgracia, ya sea en la naturaleza o respecto de los otros. No obstante, aparecen nuevos ambientes de riesgo que adquieren dimensiones y dinámicas difíciles de prever y gestionar con los mismos mecanismos institucionales que los producen. Son las consecuencias no deseadas de la modernidad. Especial relevancia por la intensidad y extensión del riesgo adquieren las amenazas ecológicas, los potenciales conflictos nucleares, las posibles crisis financieras y comerciales, la explosión demográfica, etc., Giddens lo llama incertidumbre fabricada: son las consecuencias no queridas del desarrollo de la modernidad radical.

Giddens nos sitúa en el contexto de la incertidumbre fabricada sin entrar a discutir las causas concretas de estas dinámicas, como pueden ser los imperativos de la rentabilidad del capital, los intereses militares estratégicos de las grandes potencias u otras causas, manteniéndose en la genérica atribución negativa a las consecuencias no queridas de la modernidad radical. Pone el acento en los elementos positivos de las innovaciones y destaca las consecuencias no previstas de estas que deberán afrontarse con más reflexión social, como si con ello tuviésemos suficientes garantías de que podremos gestionarlos.

En esta operación intelectual elude entrar a fondo en la crítica de las causas que deberían destacarse al analizarlos, así como tampoco entra en un principio básico de la reflexión social en situación de incertidumbre y de aceleración del tiempo de cambio, el principio de precaución, falta mayor cuando el tema de reflexión es la sociedad del riesgo. No se detiene en analizar porqué muchos de estos riesgos de la incertidumbre fabricada no se calculan rigurosamente, véase, la clamorosa falta de estudios sobre riesgos en la introducción de productos transgénicos y químicos de consumo de masas que devienen en incertidumbre y en el largo plazo lo más probable es que acaben causando desastres. El ejemplo de la contaminación producida por la aplicación masiva del DDT es un precedente relevante de cómo del riesgo se puede pasar a la incertidumbre y de ésta al desastre. Lo mismo podríamos decir de la producción de materiales que pueden ser usados para fabricar armas químico-biológicas o nucleares, etc. Parece que Giddens se sitúa en la corriente de la modernización radical y de la globalización capitalista y pretende introducir en ellas elementos de reflexión social sin entrar en la crítica de sus causas y en la discusión sobre cuáles son los principios reflexivos a tener en cuenta en una sociedad en la que se desbordan crecientemente las consecuencias no queridas de su dinámica.

La modernidad reflexiva y la política del «realismo utópico»

Las consideraciones sobre fiabilidad y riesgo en la modernidad radical inducen a la convicción de que, aunque los seres humanos somos los que hacemos nuestra historia en condiciones determinadas, a pesar de las instituciones modernas y de los mecanismos de desanclaje y la reflexividad alcanzada, no podemos abarcar y conducir la historia según nuestros propósitos colectivos, como pensaba el progresismo y la dialéctica surgidos de la Ilustración. El escepticismo en la capacidad de la humanidad para conducir su destino hacia la reconciliación y seguridad es ineludible: estamos en una sociedad de incertidumbre fabricada.

Frente a tal diagnóstico, Giddens rechaza la justificación del nihilismo, la dispersión, el relativismo, el esteticismo y el egoísmo posmodernos. Propone lo que llama el realismo utópico. El realismo utópico es una teoría moral y política ilustrada por las ciencias sociales que pretende enfrentar los problemas de la modernidad radical. Rechaza la teleología de la historia y reivindica la actitud crítica y práctica, inmanente a las posibilidades institucionales. El carácter contrafáctico de la modernidad radical le induce a un tipo de utopía que se haga cargo de los riesgos de la incertidumbre fabricada. Una utopía que propone modelos para una sociedad buena que trasciendan el marco de la política nacional y no se limiten a elaborar alternativas para uno de los agrupamientos institucionales de la modernidad.

Un tal diagnóstico parece estar más en sintonía con los problemas e intuiciones planteados por los partidarios de la cuarta tendencia apuntada anteriormente, es decir, la de los críticos de la modernidad que con los de la tercera, es decir la que procede de las tradiciones del movimiento obrero. No obstante, Giddens considera, haciendo un ejercicio de prudencia, que los problemas y reivindicaciones planteados por los terceros en la medida en que no se han realizado, continúan respondiendo a críticas y aspiraciones justificadas.

Giddens articula su propuesta en una serie de políticas:

1. Las políticas emancipadoras, que tienen sus raíces en la Ilustración. En un principio pretendían liberarse de los imperativos y dogmas de la religión y la tradición; para tal fin debían someter al escrutinio de la razón las ideas y formas de vida existentes, liberando en la práctica a los individuos y grupos de las limitaciones que hacían imposible una vida mejor, así como de las formas de dominación. Se oponían a la explotación, la desigualdad y la opresión. En la modernidad radical, permanece la desigualdad y la servidumbre, es decir, sigue vigente la necesidad de políticas emancipadoras de igualdad, justicia y participación. La política emancipadora supone un principio de autonomía de los individuos libres y responsables.

2. Las políticas de la vida. Con este término Giddens se refiere a un nuevo tipo de política que, afirma, emerge con fuerza en la modernidad radical, aunque tenga precedentes en la primera modernidad. Las políticas de la vida se refieren a políticas de autorrealización y ética personal. Una manifestación en este sentido se recoge en el lema del movimiento feminista: «lo personal es político». Son políticas de realización del yo en una sociedad plural con múltiples posibilidades de vida.

3. Políticas que conecten lo global con lo local. Políticas que en la modernidad reflexiva conecten la distancia con la proximidad, la revinculación de la globalidad con la localidad, un ejemplo de este enfoque es el lema ecologista, «piensa globalmente, actúa localmente».

Impulsar esta nueva política, según Giddens, requiere de dos fuentes: los movimientos sociales y las posiciones de poder institucional.

Los movimientos sociales de la modernidad son los que llama: a) Los viejos movimientos sociales, el movimiento obrero y los movimientos democráticos y por la libertad de expresión. Reconoce la importancia histórica tanto del movimiento obrero como de los movimientos democráticos y por la libertad de expresión, entre los cuales incluye a los nacionalismos no tradicionalistas, además, piensa que aunque estos movimientos ya no tienen la centralidad que tuvieron en la primera modernidad continúan siendo necesarios en el desarrollo de las políticas emancipadoras. b) Los nuevos movimientos sociales; el pacifista, el ecologista, la contracultura y el feminista. La modernidad compleja ha planteado con una radicalidad sin precedentes una serie de problemas que ha convertido la emergencia de los llamados nuevos movimientos sociales en un fenómeno histórico. La respuesta al nuevo armamentismo, la crisis ecológica, los problemas del género, etc., aúnan la dimensión emancipadora con la necesidad de las políticas de la vida y la dimensión de globalidad con la localidad. Es decir, hay una coincidencia con el planteamiento de Offe del nuevo paradigma político en el que se postula una confluencia de la izquierda tradicional con los nuevos movimientos sociales.

Giddens parte de que el realismo utópico debe reconocer la importancia de las posiciones de poder institucionalizadas en un momento de globalización y complejidad tal que se convierte en esencial maximizar las oportunidades y minimizar los riesgos. Estas posiciones de poder son: los centros de formación y difusión de la opinión, las empresas y corporaciones, las organizaciones internacionales y los gobiernos. Sin la participación de estos centros de poder son impensables las reformas básicas que las políticas emancipadoras, de la vida y el alcance mundial de la actuación requieren. El concepto de poder, en un sentido negativo, es sospechoso de dominación, en esta acepción, el realismo

utópico debe estar alerta. Pero el poder también tiene un sentido positivo, como medio para lograr fines. Esta dimensión positiva del poder ha de contemplarse y conjugarse en la práctica del realismo utópico.

Como consecuencia, Giddens saca una serie de orientaciones para el realismo utópico. En economía apunta a un sistema post-escasez con una organización que combine mercado y regulación. En el orden político y militar propugna la coordinación mundial entre Estados, una mayor democratización en el interior de los Estados, las empresas, las colectividades y las relaciones personales y políticas recíprocas de desmilitarización. En ecología, una política orientada al cuidado del planeta que reconduzca el desarrollo científico y tecnológico. En este estadio de su propuesta política aún no está en la «tercera vía»; propugna una economía mixta actualizada para contrarrestar la fase neoliberal del capitalismo global, confiando un papel clave en esta ofensiva a los nuevos movimientos sociales y a los problemas a los que intentan dar solución. La democratización política, social y económica son el objetivo de estas aspiraciones.

En los trabajos que siguen a esta primera intervención sobre la modernidad reflexiva Giddens profundiza sobre tres conceptos que matizan el contenido de la primera aportación social y política. Estos conceptos son: 1. estilos de vida, 2. relación pura y 3. sociedad postradicional.

Naturalmente tales conceptos tienen una mayor adecuación a los países avanzados como los EEUU, Canadá, Australia, Nueva Zelanda y la UE, pero para países avanzados como Japón, Taiwán o Corea..., no son pertinentes, deberían matizarse muchos elementos, podríamos decir que son característicos de la modernidad compleja occidental y aun así países avanzados como Italia o España no se ajustan suficientemente a estos tipos ideales en aspectos tan importantes como el papel de la familia y hasta cierto punto de la tradición.

1. Un estilo de vida es un conjunto de prácticas que orientan la interacción de un individuo en una sociedad en la que existen otros estilos de vida. Cada individuo se enfrenta en diferentes momentos a la disyuntiva de elegir entre estilos de vida, desde las rutinas del vestir, el comer, hasta las decisiones sobre la profesión, la confesión religiosa, las relaciones de pareja, etc. Los individuos construyen su trayectoria vital haciendo suyos estilos de vida de procedencias diversas.

La elección entre estilos de vida ha existido siempre. En las sociedades tradicionales las costumbres sostenían y simplificaban la toma de decisiones sobre estilo de vida en un entorno estable. En las sociedades de la primera modernidad la pluralidad de las formas de vida era reducida así como la velocidad del cambio. En la modernidad radicalizada el reanclaje en el marco de la globalización, el desarrollo de los sistemas abstractos y la consolidación de

formas postradicionales de vida han convertido a la vida social en un universo plural de estilos de vida que sitúan al individuo frente a múltiples decisiones sobre estilos diferentes. La pluralidad de estilos de vida se ve potenciada por los medios de comunicación que ponen a disposición del público una gran cantidad de opciones y modelos.

Las decisiones sobre estilos de vida que cada individuo adopta en un entorno plural y cambiante en las sociedades de la modernidad radical se convierten en decisiones sobre cómo actuar y sobre cómo ser. Afectan a la trayectoria vital de cada uno y a la reflexividad con la que se representa la propia identidad. Desde el punto de vista de la posición en la producción y en el consumo existen múltiples elecciones en torno al estilo vida, aunque no todas están igualmente abiertas para todos. Tampoco el conocimiento disponible para elegir está distribuido equitativamente entre individuos y grupos.

El concepto de estilo de vida permite a Giddens profundizar en las políticas de la vida. Las políticas de la vida son políticas de estilos de vida, se refieren a políticas de realización del yo en contextos postradicionales y cambiantes. Para las políticas de la vida, las decisiones derivan de la libertad de elección y generan poder. Con estas políticas el individuo programa reflexivamente sus acciones en vistas a su propia realización en un ámbito local, mediado por el contexto global, definiendo la propia forma de vida de manera que le permita mantener su coherencia en el cambio y la elección de formas de vida. Las políticas de la vida abordan problemas existenciales, morales y políticos, situados en los límites de las instituciones y valores de la modernidad. Se contraponen al diagnóstico y consecuencias prácticas que sobre tales problemas extrajeron los posmodernos.

Las feministas pronto descubrieron que la emancipación respecto del dominio masculino sólo era un aspecto de su lucha; se plantearon lo que Giddens llama cuestiones de «política de la vida». Debían aventurarse y decir cómo querían ser; se trataba de la reconstrucción de su identidad como mujeres. Lo mismo puede decirse en la modernidad tardía del cuerpo. El cuerpo está marcado por los estilos de vida y la reflexividad. Otro tanto ocurre con la reproducción biológica. La reproducción está mediada por múltiples relaciones con los sistemas abstractos y estilos de vida, lo que ha favorecido la emancipación de la sexualidad respecto de los determinismos naturales y tradicionales en favor de su conversión en relación pura, dejando espacio para políticas de la vida con relación a la planificación familiar, la opción sexual, etc.

Otra dimensión de las políticas de la vida puestas de relieve por la modernidad radicalizada es la intromisión del hombre en la naturaleza, la naturaleza humanizada. Afecta al control de la reflexión pública sobre los sistemas expertos, a la

responsabilidad de cada generación con las próximas. Es el problema que plantea la ecología política. La necesidad de políticas de pacificación frente al riesgo de una guerra nuclear que destruya la vida superior del planeta. El problema reside en cambiar la dinámica de la producción y la acumulación así como los estilos de vida asociados con ésta. Es la relación del estilo de vida individual con formas de producción y consumo de alcance universal la que posibilita cambios altamente reflexivos en las formas y estilos de vida.

2. Por relación pura se refiere a la relación social sostenida en virtud de la aportación de cada participante. Con la pluralidad y velocidad del acontecer en la modernidad radical, tal dinámica sitúa a los participantes en disyuntivas de continuar el trabajo de la relación o abandonarlo, requieren de un compromiso interno continuado. La confianza en la relación se genera en el cultivo cotidiano de la relación, es una confianza activa. La confianza activa genera un tipo de vinculación diferente del tradicional. La relación pura se halla sometida a tensiones diversas que surgen de las exigencias de la relación, al mismo tiempo, aporta nuevas recompensas personales.

En las sociedades tradicionales las relaciones sexuales, las relaciones matrimoniales y las relaciones de amistad, se entrelazaban con las instituciones de la comunidad. En las sociedades de la modernidad radicalizada, la destradicionalización de la sociedad y la multiplicidad de estilos de vida ha llevado a dichas relaciones a contraer su área de compromisos externos hasta basarse en el ligamen específico de cada relación. Las relaciones personales ganan en pureza, en contrapartida, son más frágiles; el debilitamiento de los apuntes externos las deja con escaso soporte. Las relaciones de filiación y de parentesco mantienen vínculos de relación externa, pero, se desplazan hacia un mayor grado de pureza que en las sociedades tradicionales.

En sociología, el paso de las relaciones comunitarias tradicionales a las relaciones asociativas modernas ha tendido a interpretarse como una pérdida en densidad emotiva e identificación con el colectivo, en favor de una ganancia en libertad de elección en un contexto de anonimidad creciente y persecución de intereses individuales. El concepto de confianza activa introduce una cuña que desplaza esta disyuntiva. Permite pensar un nuevo tipo de vinculación que genera una relación personalizada y se mantiene con el cultivo de la autenticidad y la afectividad.

La relación pura es una obra reflexiva: se ha de cultivar cotidianamente, se sostiene en la reciprocidad y la reflexividad, lo que supone individuos más autónomos y una mayor autenticidad e intimidad. El desarrollo de la relación pura obliga a los participantes a explorar posibilidades de su personalidad para profundizar en la relación con el otro. De esta exploración puede emerger la

divergencia.

La forma de la relación pura emplaza a los participantes a la democratización de la esfera privada. Es un proceso apenas visible porque ocurre en el terreno de la privacidad, pero de profundas consecuencias sobre las vidas, formación y potenciación de la identidad de los participantes. Aunque en este terreno la distancia entre el tipo ideal de relación pura y la realidad es muy grande, denota una tendencia implícita en la relación. El principio de autonomía es esencial tanto en la relación pura como en la democratización de la relación, puesto que supone la relación personal e igualitaria y el reconocimiento del otro como otro igual en la relación.

Las relaciones heterosexuales, las relaciones padres-hijos o adultos-niños, tradicionalmente han sido dominadas por los hombres y comportaban un potencial de violencia física o emocional. En la medida que las relaciones puras se constituyen sobre el reconocimiento de la autonomía del otro este potencial agresivo se reduce y canaliza, aunque, al dejar de depender de soportes externos es más frágil. La posición de cada uno de los participantes requiere confianza mutua y presupone sinceridad. La relación pura sitúa a los miembros en una relación recíproca de reconocimiento.

La democratización de la esfera pública fue un proceso conducido esencialmente por los hombres, pero la democratización de la vida privada tiene como principal motor a las mujeres. Muchos hombres que no pueden adaptar su identidad a la constitución de las relaciones heterosexuales sobre una base igualitaria reaccionan con estallidos de violencia física o psíquica.

3. Sociedad postradicional. El mundo tradicional es un mundo de sociedades tradicionales, un mundo segmentado en unidades sociales asentadas en territorios, culturalmente homogéneas en su interior y diversas culturalmente con su exterior. La pluralidad cultural existe entre unidades separadas. En las sociedades tradicionales, la verdad viene vehiculada formularmente y es gestionada por guardianes de la tradición que disponen de la autoridad que les confiere el estar en la clave de la interpretación, por oposición a los legos; es una sabiduría tradicional de la que son depositarios.

Por el contrario, el mundo de las sociedades postradicional es un mundo global, en el cual, lo global y lo local están dialécticamente relacionados y la pluralidad se da en el interior de la misma sociedad. La sociedad postradicional ha vaciado la relación espacio-tiempo de su lugar, desvinculando a sus habitantes y reanclándolos en el contexto global. El conocimiento común se ve progresivamente mediado por el conocimiento experto. La duda ha devenido nuclear en una dinámica social en la cual quienes pretenden la aceptación de sus propuestas están enfrentados a otros que argumentan a favor de la aceptación

de otras propuestas.

Con la modernidad las tradiciones son objeto de revisión; su continuidad depende de su justificación discursiva. Este proceso se acrecienta enormemente en la era de la modernización reflexiva en la que la desvinculación, los sistemas expertos y la reflexividad social median la mayor parte de relaciones sociales. La duda se ha convertido en un principio de subsistencia. Las tradiciones permanecen y se difunden en la medida que son capaces de justificarse, el coste que pagan por tal operación es destradicionalizarse.

En una sociedad global, cuando cesan los mecanismos dialógicos de mediación, el conflicto se precipita en forma de violencia existencial entre los individuos o entre los colectivos enfrentados. La canalización de los conflictos implícitos en las relaciones de diversos órdenes en las sociedades postradicionales convierten a la democracia dialógica en el horizonte normativo deseable de las relaciones sociales, ya sean relaciones puras, o sea, democracia emocional, o en la opinión pública, las grandes organizaciones y el Estado constitucional.

En un contexto postradicional, cuando las comunidades –religiosas, étnicas, nacionales, sexuales, etc.– se cierran al diálogo con el mundo, han de afirmar las verdades formularias de su tradición y mantener la homogeneidad del colectivo en peligro de disgregación. Entonces, pueden precipitarse hacia el fundamentalismo, al defender la tradición tradicionalmente en un mundo postradicional. La carga de violencia interna y externa requerida para tal reafirmación es proporcional al peligro de descomposición. El fundamentalismo es un riesgo implícito de las sociedades de la modernidad radical.

La primera propuesta política de MÁS ALLÁ DE LA IZQUIERDA Y LA DERECHA

Al comenzar *Más allá de la izquierda y la derecha* Giddens reagrupa y sintetiza la nueva política transformadora que ha propuesto anteriormente para afrontar la era de la modernidad reflexiva, es decir, la política del «realismo utópico». En esta introducción programática aún se está lejos de la política que posteriormente se conocerá como de la «tercera vía», si bien es cierto y resulta paradójico que sea en el mismo texto, después de la «introducción», en los capítulos primero y segundo, que se inicia de manera firme el giro estratégico, tal es la paradoja que en el mismo texto hallamos dos estrategias diferentes, la del «realismo utópico» y la que más tarde llamará de la «tercera vía». La propuesta actualizada de la primera, la política del realismo utópico, consta de seis puntos resumidos en la introducción que luego serán matizados en los análisis de los capítulos del libro que van del tercero en adelante:

1. Reparar las solidaridades dañadas. Esta propuesta va en la línea de reconstruir, en un mundo postradicional, el tejido solidario de relaciones sociales, ya

sea sobre la base de relaciones puras, o a la reinención de tradiciones, lo cual requiere del fomento de la confianza activa, la autonomía, la reflexividad y la autenticidad, alentando un nuevo individualismo opuesto al comunitarismo tradicional y al individualismo egoísta neoliberal. La confianza activa recrea reflexivamente la autenticidad y la autonomía de la relación partiendo de la diferencia, generando una dinámica de reconocimiento recíproco. Con ello se pretende reconstruir vínculos sociales de nuevas micro relaciones y macro relaciones sociales que contrarresten la disgregación social de la modernidad radical que, de lo contrario, se disloca en reacciones opuestas: por una parte, el fundamentalismo comunitarista y por la otra, el solipsismo, el egoísmo y la anonimidad. La confianza activa genera solidaridad que deviene obligación vinculante compartida, es decir, se recrea un sentido comunitario postraditional.

2. Políticas de la vida. La emancipación se ha asociado con políticas de liberación de las oportunidades vitales respecto de la tradición, la dominación o la privación material. La emancipación sigue siendo necesaria en la era de la modernidad reflexiva. No obstante, se ha vuelto urgente desarrollar otra dimensión de lo político y de la política, las políticas de la vida, orientadas hacia opciones autónomas en la adopción de estilos de vida que favorezcan la autorrealización individual y colectiva en un mundo en el que se han de tomar constantemente decisiones sobre los estilos de vida a seguir. Son políticas personales y grupales de poder sobre las trayectorias a seguir, es decir, políticas de cómo ser, de identidad. La mejora de las condiciones de las mujeres deviene un elemento clave del proceso de relación entre la emancipación y las políticas de la vida, afectando a un replanteamiento de fondo del papel masculino en los diversos ámbitos de la vida. Pero las políticas de estilos de vida afectan a los diversos ámbitos de las relaciones con los otros, con nosotros mismos y con la naturaleza.

3. Política generativa. La confianza activa más la generalización de la capacidad social de reflexión facilita a los individuos y colectivos sociales afrontar los retos de la complejidad social y la incertidumbre fabricada con iniciativas innovadoras. Como actores sociales, los individuos y los colectivos se movilizan y actúan en el terreno público, cultural y político, provocando las cosas, sin ser absorbidos por la estatalización de la política, ni por el privatismo social y económico. Se mueven en un ámbito que surge de la sociedad pero que se politiza, convirtiéndose en público sin estatalizarse. La política generativa se basa en la construcción de confianza activa. Estas políticas generativas de hecho las hallamos en estado práctico en muchos lugares concretos y se trataría de darlos a conocer, potenciarlos y relacionarlos. Es más una política para los nuevos movimientos sociales y las ONG que para partidos políticos institucionalizados. Tales políticas parten de compromisos reflexivos existentes en ciertos movimientos sociales

y grupos de apoyo, se ocupan de minimizar los daños sobre terceros y sobre el medio en sus intervenciones.

4. Democracia dialogante. Las limitaciones y carencias de las democracias liberales tanto en el orden de la mundialización como en el de la reflexión pública sobre problemas antes considerados neutrales políticamente ponen de manifiesto la necesidad de extender y radicalizar las formas de la democracia a otros ámbitos de las relaciones sociales. La democracia dialogante se convierte en la pieza clave en la ampliación del ámbito público dialógico en el que se abordan todos los temas que conciernen a los individuos y colectividades y abarcan desde relaciones íntimas, problemas locales, nacionales y cosmopolitas. En esta tarea los nuevos movimientos sociales y los grupos de apoyo mutuo pueden introducir elementos que dinamicen el debate y extiendan el público tanto en ámbitos regionales y mundiales más amplios, como en esferas antes consideradas neutrales, léase, en las relaciones personales, debido a la tendencia hacia las relaciones puras y al incremento de la reflexividad social, es preciso extender el diálogo creando una democracia de las emociones. La democracia dialogante impulsa los procesos sociales de reflexión y contribuye a generar confianza y solidaridad social. Se trata de democratizar la democracia en el marco de los Estados liberal-demócratas.

5. Revisar el Estado del bienestar. Sin haber desarrollado anteriormente tesis relevantes sobre el tema propone la reforma del Estado del bienestar. Plantea que el Estado del bienestar clásico se desarrolló con el fin de gestionar el riesgo, implementando programas de asistencia y políticas de seguro social. Se trataba de compartir socialmente los riesgos y canalizar la solidaridad social a través de las políticas sociales del Estado. Las condiciones del compromiso de clases sobre el que se creó el Estado del bienestar han cambiado: se centraban en afrontar los riesgos de la modernidad simple. El rol de padre de familia trabajador era la base de organización del sistema de prestaciones familiares y, a un segundo nivel, la familia sin padre. Las burocracias del Estado del bienestar tendieron a sobredimensionarse, se convirtieron en poco flexibles y crearon dependencia en los clientes. Hoy se requiere un nuevo acuerdo en el cual los beneficios del Estado no se dispensen de arriba abajo. Hay que dotar a las relaciones de abajo de poder –a las clases, la familia, la cultura cívica, las relaciones entre sexos, etc.–. Lo llama sistema de bienestar positivo. La incertidumbre fabricada no formaba parte del «círculo cerrado» del Estado del bienestar clásico, éste se basaba en paliar las consecuencias no deseadas y calculables del desarrollo. En la modernidad reflexiva se trata de hacer políticas preventivas que actúen sobre las causas desde donde éstas ocurren, es decir, desde abajo y no desde medidas administrativo burocráticas que sólo son paliativas, lo cual requiere abordarlo

desde políticas generativas y desde políticas de la vida.

6. Repensar la violencia. El militarismo de los Estados-nación de la modernidad simple se basaba en la existencia del sistema de Estados que conjugaban la pacificación interna con la preparación para la guerra con el exterior como medio de asegurar su integridad. En un contexto de modernidad compleja y globalización esta situación ha cambiado, estamos en un mundo de amplias alianzas con una sola superpotencia mundial, los enemigos son difusos, muchas veces más que Estados son agentes de otra naturaleza, interiores o multinacionales, etc., las mismas fuerzas armadas, con las tecnologías y reorganización que requieren pasan de basarse en la recluta forzosa y universal a estar formadas por especialistas y profesionales. Los parámetros de la teorización de la guerra por Clausewitz como continuación de la política por otros medios hace tiempo que han sido sobrepasados. Es preciso elaborar una teoría política normativa de la violencia puesto que hasta ahora, tanto el pensamiento socialista como el liberal han eludido el problema de la violencia, dejándolo para el pensamiento realista conservador. El primero, pensando que en un mundo socialista desaparecerían las condiciones que lo producen, y el segundo, pensando las relaciones sociales contractuales lo que implica un principio pacífico de llegar a acuerdos, a diferencia de los conservadores que han pensado a la violencia como intrínseca a la naturaleza humana y por tanto insuperable. En una sociedad global, con la diversidad y potencia de los medios de destrucción individual y colectiva, la alternativa o diálogo, o violencia, se ha vuelto un desideratum para el discurso normativo. Como en el futuro pueden darse múltiples focos potenciales de violencia se trata de pacificar el control de los medios de violencia a través de las instituciones democráticas legítimas con la vista puesta en la reducción de los medios de violencia, en la medida que sea posible, y el fomento de los valores de la paz. En tal sentido es notable el papel de los movimientos pacifistas.

En el desarrollo de este programa Giddens destaca dos nuevos conceptos que apenas había elaborado con anterioridad, los de bienestar positivo y orden post-escasez:

Por bienestar positivo se refiere al tipo de bienestar que no puede conseguirse apelando sólo a políticas y servicios de bienestar implementados desde arriba por el Estado o los organismos internacionales. El incremento del riesgo fabricado desplaza el origen del riesgo hacia las consecuencias producidas por la modernidad radical, en la que se inscriben también los efectos del Estado y de los organismos internacionales, muchas veces perversos para las poblaciones. Además de las políticas de bienestar clásicas que han de ser reformadas adaptándolas a la nueva situación de la globalización, es preciso activar las políticas generativas y las políticas de la vida desde la sociedad. En lugar de actuar sobre

las consecuencias no deseadas se ha de evitar que se produzcan; son políticas en el origen. Estas políticas se basan en la participación de los afectados. En el seno de muchos sectores afectados negativamente por la incertidumbre fabricada, o por el subdesarrollo producido por el desarrollo, aparecen núcleos activos que ponen en funcionamiento iniciativas autónomas que consiguen salir adelante. Se trata de potenciar al máximo este nivel de intervención y no aplastarlo con iniciativas burocráticas del Estado o de los organismos internacionales.

Un desarrollo alternativo se asienta en los propios afectados, en sus conocimientos y posibilidades. Se ha de evitar el daño al entorno y a la cultura que provocan el desarraigo y la desvalorización. No se trata de introducir masivamente medidas de modernización sencilla para adaptar a los individuos y a las colectividades a una modernidad que los daña, sino fomentar compromisos reflexivos que respeten sus estilos de vida. Se han de impulsar las oportunidades de desarrollo local autónomas. En esta tarea la promoción y reconocimiento a la iniciativa de las mujeres en los países menos desarrollados y en las colectividades de excluidos son centrales, puesto que frecuentemente son la base de las economías locales. En la misma línea habría de fomentarse el desarrollo sanitario autónomo, potenciando los recursos sanitarios de las sociedades y adaptando la modernización de la salud a sus realidades.

El otro concepto es el de orden post-escasez. El orden post-escasez surge de la necesidad de cambiar el sentido del crecimiento económico, insostenible para el equilibrio ecológico y con valores productivistas cada vez más cuestionados. Un orden post-escasez ha de dejar de tener como centro el crecimiento económico para estimular valores para la vida buena que fomenten la autonomía y la responsabilidad, al tiempo que facilitan recursos materiales, seguridad y dignidad en los afectados.

En la base del productivismo está la ética del trabajo que en la modernidad ha desplazado a otros valores, asentando el reconocimiento individual en el cobro de un sueldo y en el interés del capital. El trabajo y el capital han adquirido la dinámica de una compulsión autónoma central de la modernidad. Giddens distingue entre productivismo y productividad. El productivismo se refiere a la dinámica de crecimiento del capital y a la ética del trabajo. La productividad se refiere en la mejora en la capacidad de producción que posibilita, por una parte, la reducción del tiempo de trabajo y, por otra, la orientación hacia la autonomía y la flexibilidad de los procesos de producción.

En un orden post-escasez, el primado del trabajo remunerado y de los beneficios privados han de cuestionarse. Dos casos en los que ya se plantea son la economía informal y las «segundas oportunidades». 1. La economía informal tiene una doble faz: por un lado, la pobreza, la explotación y hasta la delincuencia, en

este sentido se ha de combatir, pero, por otro, saca a relucir las energías de las sociedades para reaccionar contra las consecuencias negativas de la modernidad radicalizada. Las nuevas iniciativas que despierta la economía informal señalan posibilidades a desarrollar. 2. Los pensionistas, como categoría social, se convierten en una masa de población dependiente del Estado que con el cambio de la pirámide de población será insostenible. Es preciso cambiar la política de convertir mecánicamente en pensionistas a personas que a los sesenta y cinco años quieren y pueden seguir aportando su contribución al bienestar de la sociedad, para ello se ha de flexibilizar la posición respecto a las jubilaciones y plantear una política de segundas oportunidades

El diagnóstico de las sociedades de la modernidad reflexiva sitúa a Giddens ante un panorama social nuevo, respecto de lo que ha calificado de modernidad simple, la modernidad reflexiva. Es sobre la base de este perspicaz análisis que esboza una propuesta para afrontar la nueva problemática social y política. La primera propuesta sobre la modernidad reflexiva es muy general, pero incisiva y está orientada hacia la transformación social: piensa la transformación con el objetivo de orientar la respuesta cultural y política hacia la superación de los planteamientos inscritos en el status quo político-ideológico; tiene perfiles definidos, concretados en el programa del «realismo utópico»; busca sus agentes sociales en la confluencia entre los nuevos movimientos sociales, los intelectuales críticos del crecimiento y la izquierda tradicional renovada; y cuenta con el lado positivo que ofrecen los poderes institucionalizados en las democracias liberales.

Segunda propuesta política de MÁS ALLÁ DE LA IZQUIERDA Y LA DERECHA: el análisis ideológico-político

En Más allá de la izquierda y la derecha, Giddens, después de la «introducción» antes comentada, en los capítulos primero y segundo, saca consecuencias políticas del diagnóstico de la modernidad reflexiva y hace un análisis ideológico-político de las sociedades occidentales de mitad de los noventa que no había realizado hasta entonces, lo que modifica sustancialmente su posición político-ideológica. En el resto de los capítulos del libro, del tercero hasta el final, vuelve al ámbito del análisis social y político anterior, profundizando aspectos ya planteados sin añadir nada nuevo.

Sostenemos que Más allá de la izquierda y la derecha es un texto en el cual simultáneamente se trazan dos análisis sociales y políticos no congruentes entre sí: el crítico-social, acorde con la política del «realismo utópico» y el ideológico-político que establece las condiciones que anteceden a la estrategia política

de la «tercera vía». Estos análisis están yuxtapuestos y parece que Giddens no es consciente de ello. En este estadio del análisis teórico se da un giro desde la nueva política transformadora del realismo utópico, para la cual ha aportado un nuevo lenguaje social y político, hacia otro tipo de renovación del lenguaje político-ideológico, inscrito en el marco del status quo, culminando en la elaboración de la propuesta político-ideológica de la «tercera vía». Este análisis reconduce los problemas de la modernidad reflexiva antes apuntados, así como sus propuestas políticas, con el fin de adaptarlos al juego electoral entre las fuerzas políticas establecidas y a la renovación de su gestión política.

Giddens desplaza la problemática y el lenguaje que le llevaban a propugnar desde la cuarta posición, la de los críticos del crecimiento, la confluencia práctica con la tercera posición, la de la izquierda clásica. Ahora pretende la renovación de la tercera posición, limitada a la socialdemocracia clásica, enfrentada a los problemas y al lenguaje de la primera, el neoliberalismo, para lo cual propugna el desplazamiento hacia el área que cubre desde el centro izquierda al centro de la competencia electoral entre partidos. Concretamente, intenta renovar el lenguaje del laborismo conectando con la sensibilidad de la mayoría de los británicos de este momento, cansados de las políticas thatcherianas, pero muy imbuidos de sus valores, intereses y prácticas, después de tantos años de administración conservadora-neoliberal.

Para llevar a cabo el giro estratégico comienza el análisis cuestionando el significado del término radical. Ser radical –afirma– es una concepción de las posibilidades de perfeccionamiento humano inherentes a la historia. Tal concepción procede de la Ilustración. Supone romper con las ataduras de la tradición en favor de una interpretación progresista o revolucionaria. Es decir, corresponde a una filosofía de la historia que antes ha rechazado por ser una gran narrativa. Además, al finalizar el siglo XX, este proyecto se desvanece en la práctica. No se trata de impulsar el cambio hacia otra sociedad, como sería el caso de una filosofía progresista, sino de los problemas no deseados que produce su aceleración.

El socialismo moderno surge de la lucha contra el antiguo régimen, de las ideas de la Ilustración, de la Revolución Francesa y del movimiento obrero. Su perspectiva de la historia es progresista. Se piensa a sí mismo como vanguardia de la historia. No obstante, para Giddens, la caída del comunismo y la crisis de la socialdemocracia en los años ochenta acabaron por derrumbar esta perspectiva teleológica de la historia que configuró el sentido de los diversos socialismos. La izquierda, comunista, laborista, socialdemócrata y hasta el liberalismo social de centro izquierda asumían la posición radical, es decir, propugnaban caminos diversos para impulsar la modernización. Compartían una filosofía de la

historia progresista, aunque la senda a través de la cual debían transitar fuera diferente.

Modernización significaba romper con la tradición y defender un orden racional nuevo basado en la libertad y la igualdad, al que se llegaría progresivamente por caminos diversos, según fuese la orientación político-ideológica. El primer socialismo moderno en sus diversas vertientes, definido en torno a las normas y los valores morales y políticos, se piensa a sí mismo defendiendo los valores de la libertad, la igualdad, la comunidad, la fraternidad, la justicia social, la sociedad sin clases, la cooperación, el progreso, la paz, la prosperidad, la abundancia y la felicidad. Por otra parte, se opone a la opresión, la explotación, la desigualdad, la disensión, la guerra, la injusticia, la pobreza, la miseria y la deshumanización. No será en el terreno de los valores en el que se basará la crítica de Giddens al socialismo, parece que en este ámbito no tiene nada que objetar, sino en la confrontación de la ideología con los hechos: los hechos de la modernidad reflexiva –afirma– han desbordado las ideologías socialistas de la modernidad simple y presupone que éstas ya no podrán renovarse.

Giddens destaca la impronta de ciertas concepciones de Marx en las ideas del socialismo moderno: el análisis del proceso de la reproducción ampliada del capital concibe un capitalismo competitivo dinámico que pasa por las fases de expansión y crisis. Durante estas fases el capitalismo se va transformando, ampliando su escala y extendiendo la mercantilización, modificando las condiciones técnicas y sociales de producción, concentrando en grandes empresas el capital y centralizándolo en menos manos, a costa de los mercados que cubren las pequeñas y medianas empresas competitivas. Es el proceso de socialización de la producción. Llegará un momento en el cual la contradicción entre la producción altamente socializada y la propiedad privada de los medios de producción planteará como solución la alternativa socialista. El proletariado, la futura clase mayoritaria según Marx, no tiene nada que perder y mucho que ganar con la revolución socialista. Esta visión se combina con la teoría de la lucha de clases entre capitalistas y trabajadores: el conflicto de intereses entre el trabajo y el capital impulsará la lucha hasta su superación por el primero. Así las cosas, socialismo marxista –aunque Marx se negara a decir cómo sería el socialismo por considerarlo una proyección utópica– pasa a significar mayoritariamente control racional por el proletariado, como clase universal, de la economía. Lo que fue interpretado por la gran mayoría de los socialistas marxistas como planificación racional de la economía socialista a través del Estado de la clase obrera.

Las interpretaciones de la gestión económica dominantes en el seno de los diversos socialismos influidos por el marxismo pasan a ser lo que Giddens llama concepciones cibernéticas: la economía socialista se regulará por medio

de un centro racional que contemplará la totalidad de la economía y aplicará la planificación técnicamente adecuada para llevar a cabo los intereses generales. Giddens recuerda que desde Weber a Böhm-Bawerk, pasando por von Mises y Hayek, se objeta con buenas razones esta concepción al aducir que los precios son los únicos indicadores que aportan la información real sobre los mercados y que una economía planificada que no parta de los precios de mercado reales, en lugar de ser una economía racional, derivará en la ineficacia burocrática creciente. La información relevante para la economía de mercado se adquiere en la práctica por los pequeños actores económicos y se ve reflejada en los precios; la información que ofrecen los precios refleja lo que Hayek y Oakeshott llaman conocimiento local incorporado en las costumbres, no es el resultado de un centro racional planificador.

Giddens, contra Hayek y Oakeshott, constata que para la modernidad simple los modelos cibernéticos fueron bastante eficientes. La costumbre y la tradición, en una sociedad de la modernidad simple, son previsibles contando con una reflexión social escasa. Las condiciones sobre las que los Estados ejercían su gestión se podían racionalizar desde un centro. La toma de decisiones era lo suficientemente previsible y el cambio lento. En la modernidad compleja, las costumbres y tradiciones son removidas y desplazadas por problemas constantes y decisiones no previsibles desde multitud de posiciones sociales tomadas por individuos reflexivos. En la sociedad de la modernidad compleja el conocimiento local persigue «blancos móviles» y deviene reflexivo y postradicional. La estabilidad de las decisiones de mercado que reflejan los precios no puede anticiparse a priori por un organismo central racionalizador.

Giddens sostiene que tanto el socialismo soviético como la socialdemocracia keynesiana han llegado a su fin: en la era de la modernidad reflexiva ambos se basan en modelos de gestión cibernéticos irreversiblemente sobrepasados. No obstante, su pretensión es mayor; afirma que es cualquier versión del socialismo lo que ha sido superado. En la sociedad reflexiva, capitalismo e información por medio de los precios de mercado son dos caras de la misma moneda. No hay una tercera vía al socialismo que no sea o soviética o socialdemócrata, no hay un socialismo de mercado como una vía no ensayada de socialismo. Las razones para defender esta tesis son claramente insuficientes; se limita a afirmar que no es generalizable una economía de cooperativas y que no es eficiente que las empresas elijan democráticamente a sus directivos, además, para esta propuesta augura subastas de capital caóticas. Giddens ignora casi todo lo dicho sobre tales temas en los ochenta y noventa, además de no reparar en las tremendas ineficiencias, desigualdades y caos económico que el capitalismo global de finales de siglo representa para la gran mayoría de la humanidad. Tampoco considera

las tesis de los economistas radicales, las de los neokeynesianos de izquierda o las tesis de la economía ecológica. Parece que está tan impresionado por la caída del socialismo soviético y por las dificultades de la socialdemocracia clásica que se niega a seguir pensando desde una opción socialista. En la medida que otros lo hacen por él es invalidada su posición, para ser cierta exigiría que no se pudiese teorizar innovadoramente sobre el socialismo.

Esta condena en el terreno económico del socialismo en la era de la modernidad reflexiva Giddens la extiende también al ámbito político. El socialismo moderno nace asociado al ideal democrático, no obstante, la relación del socialismo con la democracia se bifurca en dos grandes tradiciones: una procede de los textos en los que Marx critica la democracia burguesa como un engaño, puesto que la democracia tiene que ser para todos y las democracias realmente existentes en su tiempo sólo representan a los varones de las clases adineradas. Muchos de los seguidores de Marx van a identificar democracia con poder de la burguesía y le contraponen la revolución socialista. La otra sería la orientación reformista del socialismo que concibe el avance hacia el socialismo como gradual y en conjunción con el avance democrático.

El razonamiento de Giddens induce sin afirmarlo la identificación del socialismo marxista con antidemocrático y el reformismo socialista con no-marxista y democrático –apoyándose en fuentes inglesas como Sydney Webb y T.H.Marshall–. Aquí hay un cierto uso simplista de la distinción que después convierte en básica para su argumentación. Una gran corriente de pensamiento marxista, la socialdemocracia, es reformista, marxista y democrática hasta la segunda mitad del siglo XX. Además, una parte del marxismo revolucionario es democrático, lo que ocurre es que la expansión del marxismo soviético, profundamente antidemocrático, eclipsa la defensa que muchos marxistas revolucionarios hacen de la democracia. La división entre marxismo revolucionario –identificado con el socialismo de matriz soviético– y el socialismo reformista no-marxista, continúa en el resto del análisis del socialismo, caracterizando la interpretación de la polémica histórica entre «reforma o revolución», reducida a la sostenida entre el leninismo y la socialdemocracia.

El contexto de dicotomías planteado por Giddens, democracia o no-democracia, reforma o revolución, no sirve para interpretar el complejo y plural marxismo occidental que, al menos por lo que hace a su producción teórico-crítica, es mucho más interesante que el marxismo soviético y que el reformismo socialdemócrata. Situado entre el marxismo soviético y el reformismo y con la oposición de todo el bloque de las derechas, las dificultades que el marxismo occidental tuvo para convertirse en un movimiento social y político fueron enormes, no obstante, consiguió desarrollos prácticos nada despreciables como

fue el caso del PCI.

Por otra parte, Giddens descalifica como si fuera evidente que las críticas que desde el marxismo occidental se hicieron al imperialismo fueran espurias, lo cual está lejos de ser obvio. Como han puesto de relieve en la práctica los movimientos en pro de otra globalización y en la teoría muchos sociólogos y economistas académicos, las consecuencias de la aplicación de las políticas neoliberales por las agencias de regulación del capitalismo internacional han incrementado la desigualdad y la dependencia del Sur respecto del Norte. Algunas de las teorías del imperialismo son precedentes nada desdeñables al revisar la genealogía de la crítica a la globalización realmente existente.

Giddens centra la alternativa a las críticas del imperialismo en la demostración de que puede haber un desarrollo capitalista en el Sur, como han mostrado los tigres asiáticos. En tal argumentación idealiza sus procesos de crecimiento –hace esta afirmación antes de la crisis de Indonesia del noventa y siete– como si fuesen generalizables para todo el Sur, lo cual está muy lejos de haber probado. Para hacerlo se deberían seguir políticas con una fuerte intervención estatal que entrarían en conflicto con las directrices del gran capital y con la misma teoría de Giddens de la modernidad reflexiva en la cual ya no caben marcos económicos regulados por el Estado.

La vieja derecha, como reacción al radicalismo progresista, se identificaba con la continuidad del orden tradicional y la «verdad» práctica que éste supuestamente incorporaba. Era conservadora. Propugnaba una filosofía organicista y jerárquica de la sociedad, sospechaba del capitalismo cuando no se oponía a él y, en muchos casos, se definía enérgicamente en contra de la democracia. La autoridad se plasmaba en la tradición y la jerarquía secular, basada en la sabiduría heredada y transmitida por las instituciones tradicionales de la familia, la iglesia y el Estado fuerte y autoritario, que encarnaban el espíritu del pueblo, cuya unicidad provenía de la historia y su destino sagrado y, en último término, de Dios. La reforma, cuando se aceptaba, sólo se justificaba como una manera de continuar la tradición. El viejo conservadurismo se caracterizaba por el rechazo del cambio radical; se oponía a la orientación hacia el presente contra de la continuidad con el pasado en vistas a la emancipación futura.

Según Giddens el nuevo conservadurismo adopta tres formas diferentes:

En primer lugar el conservadurismo filosófico el cual acepta que el orden social jerárquico puede convivir con el capitalismo liberal y la democracia elitista moderna a condición que se respete la autoridad, la lealtad y la tradición. La autoridad se opone al contrato y se apoya en la continuidad y el respeto a la tradición. La lealtad manifiesta el vínculo orgánico de los individuos integrados en la comunidad con la continuidad de la sociedad histórica concreta, por opo-

sición al racionalismo moderno que es desintegrador y conduce al desastre.

En segundo lugar el neoconservadurismo. En el terreno económico acepta el capitalismo liberal y en el político la democracia liberal, pero en los terrenos social y cultural se opone a la penetración de las instituciones y valores modernos. La modernidad no ofrece el marco social y cultural adecuado para integrar moralmente a la población. Las instituciones sociales tradicionales como la familia y las iglesias aportan el sustrato moralizador de la sociedad. La cultura tradicional aporta el marco valorativo de sentido que confiere unicidad a la historia de un país y sus habitantes. Por el contrario, los valores universalistas e individualistas de la modernidad producen un efecto homogeneizador sobre las diversas poblaciones que pierden su peculiaridad, sentido e identidad, a favor de la masificación, el relativismo moral, el individualismo hedonista y el nihilismo. El neoconservadurismo, en consecuencia, propugna la remoralización de la sociedad y la cultura, la vuelta a las instituciones sociales y a los valores morales tradicionales.

En tercer lugar el neoliberalismo, o capitalismo del *laissez-faire* –también llamado nueva derecha–. Para los liberales como Hayek los mercados que funcionan bien generan orden social. Los precios son la fuente de información más precisa y atenta al cambio molecular para que los individuos que persiguen su interés adopten sus decisiones en busca de la optimización de sus intereses. El resultado de la agregación de estas decisiones de comprar y vender es un orden no intencional y sin embargo óptimo. Este proceso de toma de decisiones puede extenderse a toda la humanidad. El Estado debe limitarse a garantizar el orden de los mercados, más allá de lo cual su intervención en la economía y en la sociedad es obstructiva y despótica. La libertad proviene del libre funcionamiento del mercado y no de las intervenciones del Estado. El neoliberalismo es la fuerza principal dentro del nuevo conservadurismo, tanto por la capacidad que ha tenido de alcanzar notorios éxitos electorales, como por la de condicionar ampliamente las políticas económicas y de disminución de los servicios del bienestar de los Estados.

En el marco del nuevo conservadurismo británico que es el que más inmediatamente importa a Giddens se produce un fenómeno especial, el del *thatcherismo*. El *thatcherismo* combina la decidida y enérgica opción neoliberal en el terreno económico con el neoconservadurismo en lo social y cultural, entendido de una manera peculiar. El neoliberalismo en los terrenos social y cultural lleva a la pérdida de autoridad, al libertarismo y no garantizan el orden y la energía social. Por el contrario, es preciso garantizar la regeneración moral del individuo, la familia y la comunidad nacional. La difusión de la propiedad individual favorece la decisión y el espíritu emprendedor, tanto o más que un

valor económico es un valor moral que fomenta un tipo de individualismo enérgico y comprometido con los intereses de la familia y la comunidad nacional. La familia se cohesionan en torno a la propiedad patrimonial garantizada por la herencia, su perpetuación genera un carácter fuerte, ascético y solidario de la unidad familiar. El Estado fuerte complementa este sentido del orden y del interés nacional que es muy diferente del Estado intervencionista y corporativista que genera unos ciudadanos asistidos débiles y tendientes a la corrupción.

Para Giddens, a pesar del impacto real del neoliberalismo, especialmente del thatcherismo –y se podría añadir del reaganismo que es un análogo norteamericano–, adolece de múltiples contradicciones y deficiencias de gran calado teórico y práctico.

Por una parte, si la dinámica de expansión de los mercados es implícita al orden neoliberal, es imposible poner puertas al campo y que el mercado no penetre en las motivaciones que orientan las instituciones familiares y comunitarias tradicionales, así como en los valores culturales, provocando el efecto de disolverlos a medida que los mercantiliza. Por la misma razón, la extensión de los mercados tiende a generar dinámicas supranacionales que disuelven las fronteras y las tendencias a la conservación de la integridad nacional. No es tanto la permisividad de la nueva cultura la que deteriora las instituciones sociales y los valores tradicionales, sino las consecuencias de la modernización capitalista y de los valores individualistas y competitivos que estimula.

Por otra parte, el Estado social del bienestar no ha sido tan perjudicial para el desarrollo económico y la libertad como lo presentan los neoliberales, de hecho ha propiciado el período de mayor crecimiento, integración social y expansión de las libertades de toda la historia moderna, su crisis no es debida según Giddens tanto a las razones apuntadas por los neoliberales –aunque muchas de ellas ponen el acento en debilidades reales–, sino en que el Estado del bienestar clásico se desarrolló con el fin de gestionar sociedades capitalistas de la modernidad simple y, en la actualidad, las sociedades han alcanzado una complejidad tal que ya sólo pueden ser pensadas como caracterizadas por la modernidad reflexiva. Los ciudadanos requeridos para esta nueva realidad han de ser más emprendedores y reflexivos que los que fomentaba el Estado del bienestar clásico, más estable en sus comportamientos laborales y empresariales. La incertidumbre de la nueva sociedad impone individuos que tomen decisiones constantemente y una economía de mercado con más incentivos económicos. Este aspecto fundamental es pensado de manera unilateral y dogmática por el neoliberalismo.

Además, Giddens vuelve las razones del conservadurismo filosófico contra el neoliberalismo. Los neoliberales parten de unos presupuestos racionalistas,

ahistóricos y dogmáticos que ponen en peligro el tejido social y cultural concreto de cada nación específica. Uno de los elementos incompatibles con ese expansionismo económico que propugna el neoliberalismo es el medio ambiente que es un valor para los nuevos conservadores más lúcidos. Esta posición defiende un conservadurismo arraigado en la tradición que se responsabilice tanto de continuar el pasado como del futuro de la vida comunitaria y del medio ambiente, planteamiento totalmente incompatible con el racionalismo mercantilizador del neoliberalismo. Para Giddens, a pesar de las buenas razones contra el neoliberalismo, tampoco el neoconservadurismo filosófico es sostenible puesto que se fundamenta en una concepción sacralizada de la tradición y esto en sociedades postradicionales y reflexivas no deja de ser anacrónico y de producir más problemas de los que pretende resolver. Las tradiciones no pueden defenderse a la manera tradicional, puesto que de ser así provocan una clausura dogmática de la comunidad que pretenden cohesionar frente a los otros y a la modernidad, lo que las precipita en el fundamentalismo. En un mundo globalizado resulta bueno e inevitable un cierto cosmopolitismo cultural y político basado en valores universalistas. La conservación de la naturaleza y de la tradición se ha de hacer de manera reflexiva, es decir, crítica eligiendo discursivamente cómo continuarlas, o sea, de manera postradicional.

En suma y como conclusión de esta discusión, según Giddens, el neoliberalismo provoca la aceleración del cambio social en general, disolviendo las instituciones tradicionales. Todo lo cual le lleva a caracterizar a los neoliberales como radicales, a diferencia de los otros conservadores. Por el contrario, los socialistas –laboristas o socialdemócratas– se han atrincherado en la defensa del Estado del bienestar, convirtiéndose en conservadores de lo existente, es decir, perdiendo su radicalidad.

Desde el punto de vista de la observación, en la situación británica de comienzos de los noventa, respecto a la posición político-electoral ofensiva o defensiva, tal descripción se corresponde, grosso modo, con la relación en la que se encuentra el laborismo respecto del conservadurismo a finales de los años ochenta y comienzos de los noventa. Pero, desde el punto de vista de los valores, la interpretación es incorrecta. Confunde la observación de quien está a la ofensiva y quien está a la defensiva político-electoralmente, con el sentido de los valores ideológicos y políticos. Los valores neoliberales thacherianos pueden ser interpretados, incluso, como una vuelta atrás respecto del conservadurismo británico de los sesenta. El neoliberalismo pretendía y logró reafirmar de manera clara el poder indiscutido del gran capital y reconquistar la hegemonía ideológica del individualismo posesivo, del Estado mínimo en lo social y económico y fuerte en lo militar y policial, del nacionalismo neoimperialista y

neocolonialista y del patriarcalismo más rancio. Posiciones de poder y valores éstos de reconocido abolengo victoriano, es decir de las clases altas británicas de finales del diecinueve.

Para Giddens, las circunstancias del auge del socialismo y el comunismo han cambiado. En la era de la modernidad reflexiva, la globalización y la incertidumbre fabricada, en sociedades postradicionales, requieren miríadas de emplazamientos descentralizados y reflexivos de toma de decisiones de bajo nivel, más próximos a la analogía del funcionamiento de los mercados que al de la burocracia estatal. La analogía del mercado indica en lo que está pensando Giddens como mecanismo integrador de las iniciativas individuales en la sociedad, en lugar de la democracia deliberativa que anteriormente había colocado en el centro para integrar los múltiples niveles de interacción social.

El viejo conservadurismo, el socialismo clásico y el comunismo soviético han sido sobrepasados de manera irreversible por la historia ya que sus ideologías corresponden a la era de modernidad simple. El nuevo conservadurismo, o neoliberalismo, es contradictorio, en su interior pugnan dos dinámicas contrapuestas; por una parte, acelera el cambio con el retorno generalizado a la mercantilización económica; por la otra, en el ámbito cultural, promueve el nacionalismo, la religión y el patriarcalismo a la manera fundamentalista. Por último, el liberalismo clásico, entendido como capitalismo más democracia liberal, tampoco es capaz de afrontar los nuevos problemas de la incertidumbre fabricada y la ecología que se plantean en la modernidad reflexiva. Resumiendo, contrastadas con los nuevos problemas, las ideologías políticas heredadas se han agotado.

Giddens nos sitúa en el umbral de una era ideológica desactivada. Reformula los términos del debate de la siguiente manera: toma el término radical con un significado que pretende adecuado a los problemas de la modernidad reflexiva. «Radical» deja de remitir a la filosofía de la historia progresista o revolucionaria, así como, a finales del siglo XX, deja de estar ligado a la izquierda o a la derecha. La idea de la desaparición de fronteras entre la izquierda y la derecha en la modernidad reflexiva adquiere nuevos matices prácticos e intelectuales. «Radical» pasa a significar audacia en la realización de soluciones atrevidas a los problemas sociales y políticos. En esta interpretación se elimina el papel de los ideales morales y políticos del término radical a favor del sentido pragmático y tecnocrático concebido como unas supuestas «realizaciones atrevidas» a problemas.

El análisis ideológico-político de Giddens en la segunda mitad de los noventa se basa en la situación británica. Pasa desde las consideraciones fácticas sobre las relaciones de fuerza político-electoral entre la derecha y la izquierda británicas, a las consideraciones sobre los valores ideológicos y políticos de manera injustificada. Considera que la izquierda se ha vuelto conservadora y la derecha

neoliberal se ha vuelto radical, transvasando los análisis del terreno de los hechos al de los valores ideológico-políticos. Proyectada dicha inversión de los términos como una generalización teórica hacia otros países europeo-occidentales resulta falseada por los hechos e injustificada al nivel teórico al incurrir en una falacia trasladando el lenguaje de los hechos al de los valores.

Esta caracterización de Giddens no distingue con la nitidez precisa entre el nivel empírico y el valorativo de las relaciones ideológicas y políticas. Es en el nivel valorativo en el que se ha de dilucidar la utilidad de la metáfora política derecha/izquierda. La diferencia entre los valores de la derecha y los valores de la izquierda no ha desaparecido, aunque, a finales del siglo XX, las filosofías organicistas y progresistas en el sentido teleológico de la sociedad y la historia estén en quiebra.

La idea de la desaparición de fronteras entre la izquierda y la derecha en la modernidad reflexiva es fruto de la hegemonía neoliberal en la salida de la crisis del capitalismo regulado y en el tránsito al capitalismo globalizado –y de ciertas tendencias dentro de los movimientos ecologistas que se posicionan fuera del juego institucionalizado izquierda derecha–. Los valores del individualismo posesivo, el privatismo civil, familiar y profesional, el neodarwinismo social, el deterioro de las ideas de bien público y solidaridad, etc., pasan a asimilarse con condiciones «naturales» de las sociedades avanzadas. Son vistas como neutrales, cuando son concepciones muy concretas de la sociedad y el bien. La idea de la desaparición de los valores en la política es recursiva y contingente y en este siglo ha tomado diversos rostros en la izquierda y en la derecha cuyo denominador común es la supuesta neutralidad valorativa de la administración. Por supuesto, fenómenos de irrupción de los valores políticos por donde no se había previsto las han desmentido en todos los casos, ya sea la irrupción de movimientos y valores culturales y políticos en el sesenta y ocho, la reacción neoliberal hasta llegar a ser hegemónica, la emergencia de nuevos movimientos sociales, el surgimiento de los verdes, los movimientos por otra globalización, etc. Para D. Held, la propuesta de ir «más allá de la izquierda y la derecha» es la última versión del supuesto «fin de la política» a favor de la gestión tecnocrática, esta vez forjando un término medio que no sea ni de derechas ni de izquierdas.

Que el socialismo clásico corresponda a una fase de la modernidad simple no quiere decir que no pueda reformular su programa e ideología para la modernidad reflexiva, aprendiendo, tanto del fin de las grandes narrativas, como del fin del modelo cibernético. Cuando Giddens desestima la posibilidad de que el socialismo y la izquierda puedan reformular sus concepciones en el contexto de la modernidad reflexiva, no plantea el debate de manera convincente,

abandona el diálogo con las elaboraciones y prácticas de los sectores sociales e intelectuales que hemos situado en el área de la cuarta tendencia y parece dar por inviable que la tercera tendencia se renueve desde dentro, si no es por la vía de buscar la interlocución de la primera, previa neutralización de los elementos ideológico-críticos, apelando a un pragmatismo reflexivo.

La consideración de Giddens de la política de baja intensidad ideológica y valorativa diluye las consecuencias morales y políticas de la innovación en las ideas y en los valores, en un sentido no clásico, de lo político y de la política que plantean las perspectivas abiertas por los nuevos movimientos sociales, por la proliferación de grupos de ayuda y las iniciativas ciudadanas. La nueva radicalidad no se ha desactivado en el sentido planteado por Giddens, es decir, perdiendo las bases en las que se sostenía en la izquierda socialista clásica para concentrarse en el decisionismo audaz y reflexivo, alejado de connotaciones ideológicas. Se ha desplazado desde los partidos de la izquierda estatizados y comprometidos con el status quo hacia iniciativas diversas provenientes de la sociedad civil, mucho más informal y cercana a los problemas del mundo de la vida generados por la modernidad tardía. Buena parte de estas iniciativas desarrollan y profundizan la democracia y plantean con radicalidad expectativas poscapitalistas.

Después de la depuración terminológica del concepto de radical a Giddens le queda el capitalismo realmente existente más el nuevo sentido del término radicalismo. Sobre la base de esta operación teórica replantea la discusión sobre el futuro del laborismo británico y la socialdemocracia, con el objetivo de responder a las transformaciones actuales del orden mundial.

La política de la tercera vía

Del análisis anterior y de las consideraciones prácticas sobre la vuelta al gobierno de los laboristas Giddens extrae una segunda propuesta político-teórica, la «tercera vía», pensada para renovar el lenguaje del laborismo y elaborar un programa de gobierno capaz de conseguir una nueva mayoría electoral que oriente su gestión política. Tal propuesta es generalizada por su parte como estrategia para toda la socialdemocracia de finales de los noventa y principios del nuevo milenio. Asumida por el nuevo Laborismo la tercera vía renueva su política en el marco del status quo hegemónico de impronta thatcheriana, facilitando su acceso al gobierno. En la segunda mitad de los noventa la tercera vía también cala en otros partidos socialdemócratas europeo-occidentales y se aproxima a la política de gobierno demócrata de Clinton en los EE.UU.

Desde el punto de vista del éxito electoral del Laborismo británico y de su proyección hacia otros partidos socialdemócratas, la estrategia de la tercera vía ha tenido éxito: fue el estandarte que necesitaba el nuevo Laborismo y que ha presidido su gestión, le permitió converger con los demócratas de Clinton y creó la ficción de que la hegemonía neoliberal había acabado, además, la socialdemocracia alemana presidida por Schroeder, el Partido Demócrata de la Nueva Izquierda italiano y el Partido Socialista Obrero Español de Zapatero, implícita o explícitamente, sintonizan con su talante. La tercera vía es una política renovadora dentro del status quo, no cuestiona la dinámica del capitalismo global y las consecuencias no queridas de la modernidad compleja, problemas planteados en el análisis de la modernidad reflexiva y en la propuesta del realismo utópico.

Las controversias provocadas por Más allá de la izquierda y la derecha inducen a Giddens a matizar en La tercera vía algunas de las afirmaciones sobre la desactivación ideológica y el pragmatismo radical propugnado, introduciendo elementos que podrían llevarle a rectificar su posición, no obstante, las reconduce hacia la reconciliación con las defendidas anteriormente. Es decir, no afronta satisfactoriamente los flancos del debate que pretende cubrir.

Giddens acepta ahora el punto de partida de la discusión sobre la diferencia entre la izquierda/derecha planteado por Bobbio. La política en las democracias representativas tiende a reproducir la división del espectro político porque es una actividad básicamente adversarial que destaca el contraste. Aunque en ciertos momentos la representación política parece ocupada por uno, como si sólo hubiese una política posible. No obstante, los adversarios intentan rehacer su política, acercando sus posiciones a las mayoritarias para recuperar electorado y reiniciar la crítica hasta llegar a una situación de mayor equilibrio, o a una nueva mayoría. Otra razón es la actitud en torno a la igualdad. La izquierda propone políticas que tienden a la igualdad social y la derecha tiene posiciones en las que se tiende a reproducir la desigualdad. Giddens, sobrepasa el segundo argumento de Bobbio al afirmar que ser de izquierda significa creer en políticas de emancipación social entre las cuales las de igualdad serían un componente.

Giddens acepta la posición de Bobbio, pero reduce su alcance, aduciendo que la globalización y la desintegración del comunismo han provocado un cambio de grandes dimensiones en los contornos de la izquierda y de la derecha, especialmente para la socialdemocracia, ya que no hay alternativas al capitalismo y ésta debe reconocerlo. La discusión se centra en cómo debe regularse el capitalismo. Además, afirma que existe una gran cantidad de problemas planteados por las consecuencias no deseadas de la modernidad radical que no son ni de

izquierdas ni de derechas. Niega así la utilidad de continuar pensando en una alternativa al capitalismo y afirma que los nuevos problemas no presentan una afinidad valorativa diferenciada entre la izquierda y la derecha. A la discusión respecto a la posibilidad de seguir hablando de otra forma de socialismo ya la planteamos en el apartado anterior, ahora, disentimos en torno a las consecuencias no deseadas de la modernización radical y su falta de afinidad con posiciones diferentes entre la izquierda y la derecha.

Los problemas nuevos que no representan una oposición entre derecha e izquierda, según Giddens, son los del ecologismo, la familia, la identidad personal y la identidad cultural, tal como los analizó a comienzos de los noventa. Basta con apelar a los hechos para comprobar que en estos problemas también se constatan marcadas diferencias de afinidades entre la izquierda y la derecha, especialmente, si no se tiene una perspectiva que reduce el campo de las derechas y las izquierdas al de los partidos representados en los parlamentos y se incluye en la diferenciación a los nuevos movimientos sociales, a las ONG y a lo que se conoce como movimientos en favor de otra globalización más solidaria. Beck los sitúa en el campo de la subpolítica, entendida como política que ha emigrado hacia agrupamientos de la sociedad civil movilizados en torno a problemas de políticas de la vida y la ecología. Estos movimientos tienen mayor cantidad de adherentes que los partidos políticos y diferencian sus posiciones de lo que la derecha entiende por políticas ecológicas, familiares, de identidad personal y culturales. Desde el punto de vista de los valores morales y políticos es incorrecto afirmar que la democracia, la comunidad, la solidaridad, la fraternidad, la justicia, las virtudes cívicas, la sostenibilidad, el principio de precaución, la autorrealización, etc., no presentan claras diferencias entre la izquierda –entendida en un sentido amplio– y la derecha.

La consecuencia del análisis de Giddens es la propuesta de renovación de la socialdemocracia hacia la izquierda del centro: por una parte ha de seguir defendiendo la justicia social y las políticas emancipadoras promovidas por la izquierda, y por otra, en el marco del capitalismo y de los nuevos temas que según afirma no son ni de izquierdas ni de derechas, ha de dirigirse hacia la ampliación de las alianzas hacia el centro, con el fin de conseguir una amplia mayoría que le permita volver al gobierno con un programa renovado. Para llevar a cabo este proyecto se requiere un nuevo programa y unas nuevas alianzas.

Las tendencias demoscópicas ponen de relieve que los socialdemócratas no pueden confiar en un bloque de voto de clase cautivo –las tendencias del voto en los países occidentales en los noventa ya no se ajustan a la pauta clasista–. Contando con ello Giddens busca la formación una amplia mayoría social y

política en la «izquierda del centro». Con este fin no se dirige a la izquierda moderada, sino al «centro radical», lo que llama «medio activo», aludiendo al componente de nuevo radicalismo preocupado por los problemas de incertidumbre fabricada, sin cuestionar el capitalismo.

La «tercera vía» intenta sustituir tanto a la socialdemocracia clásica como al neoliberalismo. Dos lemas presiden el planteamiento de la tercera vía: «ningún derecho sin responsabilidad» y «ninguna autoridad sin democracia». En el primer caso se trata de corregir la tendencia de la socialdemocracia a demandar derechos incondicionales garantizados por el Estado, sin plantear la otra cara, las responsabilidades para con el Estado y la sociedad que comprometen a los beneficiarios de los derechos. En el segundo caso se trata de corregir la tendencia neoliberal a convertir los símbolos e instituciones tradicionales en fuentes de autoridad indiscutida. En una sociedad postradicional la única fuente de autoridad pública legítima ha de ser la democracia. Al corazón normativo de su propuesta, representada por los dos lemas, hay que añadir; un compromiso con las políticas de atención a los más débiles; un compromiso con la atenuación de los efectos que produce la globalización sobre los individuos y la naturaleza; un compromiso con el cosmopolitismo y la consideración del principio de precaución donde sea factible.

El programa de la «tercera vía» se presenta como la aplicación congruente con el marco normativo representado por los dos lemas y los añadidos señalados. Las líneas del programa se dividen en cinco ejes; la reforma del Estado y del gobierno, la profundización de la democracia, la nueva economía mixta, la modernización de las instituciones del bienestar y la idea de nación cosmopolita. Por nuestra parte sostenemos que las propuestas de Giddens, al concretarse en el programa, en contra de lo que afirma, son un compromiso entre las posiciones socialdemócratas y neoliberales y no una superación de los límites de ambas.

a. La reforma del Estado y del gobierno no se plantea en términos neoliberales, pretendiendo reducir sus competencias a mínimos, o socialdemócratas, pretendiendo continuar el proyecto del Estado bienestar, sino adaptando el Estado y el gobierno a la era de la globalización. Se trata de racionalizar el Estado pensando en la sociedad del riesgo fabricado, más que en su reducción o ampliación: 1) El Estado debe adaptarse a la globalización en un doble sentido; hacia abajo, adaptándose a la nueva relevancia del ámbito local y; hacia arriba, adaptándose al mayor papel de la dimensión global en las relaciones económicas y sociales. 2) La reforma del Estado debe dar más relevancia a la esfera pública con el fin de ampliar la transparencia, la imparcialidad y la salvaguarda y persecución de la corrupción. 3) La eficiencia administrativa es una asignatura

pendiente de la reforma de las burocracias estatales, en ésta se debe aprender de la empresa privada y de los mercados, al mismo tiempo que se afirma la eficacia del gobierno frente a los mercados. 4) Se han de introducir otras formas de contacto del gobierno con los ciudadanos, léase, experimentos de democracia local directa, jurados ciudadanos y otras posibilidades que complementen los sistemas establecidos. 5) Los poderes públicos se han de responsabilizar de las consecuencias del riesgo fabricado, especialmente en lo que atañe a la regulación del cambio científico y tecnológico y a los problemas éticos que plantea, fomentando procedimientos deliberativos, dando voz tanto a los expertos, a los afectados y a los representantes en las institucionales. 6) La profundización de la democracia estatal se entiende en una doble vertiente; devolver poder hacia abajo, descentralizando y ensayando formas directas de democracia local; y transferir poder democrático a instancias supraestatales con un creciente carácter decisorio.

b. Desburocratizar la relación del Estado con la sociedad civil. No como sugieren los neoliberales; retorno a la sociedad civil reprivatizada y remercantilizada. Sino, potenciando desde el Estado la autoayuda que surge de la propia iniciativa ciudadana que crea nuevos vínculos solidarios. Especialmente importante es el estímulo a las actividades económicas de grupos locales, mujeres y sectores precarios de población. La regeneración comunitaria fomentada por el Estado no es la ocupación y regulación de áreas cada vez más grandes, sino el estímulo y apertura del Estado a las organizaciones comunitarias, estimulando la autoorganización en beneficio de las comunidades locales y del conjunto de la sociedad. Es primordial aprovechar y fomentar la iniciativa local. Una esfera pública abierta a las iniciativas civiles locales y nacionales conecta la democratización con el desarrollo comunitario.

c. El programa de la tercera vía ha de priorizar tanto la seguridad individual frente al Estado, como la seguridad personal frente a los múltiples conflictos de intereses y a la degradación de la vida cotidiana que lleva aparejado el nuevo tipo de sociedad ultra competitiva, para lo cual ha de fomentar el ambiente de libertad basado en medidas preventivas. Es preciso que se restablezcan la seguridad de los espacios públicos en los que se desarrolla la vida cotidiana, las calles y plazas, los lugares de encuentro social, etc., que facilitan el desarrollo del tejido de la vida urbana. En este sentido es básico entender la labor de la policía, no sólo en sus funciones represivas, sino como colaboradora de la ciudadanía, garante de las condiciones de libertad y promotora del desarrollo comunitario.

d. Los cambios habidos en la familia y en las relaciones sexuales han situado

en un primer plano el avance de la democracia de las emociones. Los intentos de la derecha conservadora de volver hacia formas patriarcales de autoridad son rechazables. Es preciso renovar la legislación que compete a estos temas, en especial, a los derechos y obligaciones de los padres con los hijos, dentro y fuera del matrimonio, y al contrato vitalicio de los hijos con los padres que precisan su ayuda. La protección y el cuidado de los niños deben ser un principio de las políticas familiares, así como el reparto de responsabilidades de los padres con los niños. Ambos sexos deberían reconocer las responsabilidades que pueden seguirse de los encuentros sexuales en los que se conciben hijos. Al mismo tiempo, deben revalorizarse las figura materna y paterna. Estas reformas han de combinar la elección individual y la solidaridad social.

e. La tercera vía considera importantes las preocupaciones socialdemócratas sobre la distribución de la riqueza y la seguridad, así como las neoliberales sobre la competitividad y la generación de riqueza, al mismo tiempo, para abordarlos de manera que superen las limitaciones que estas presentan, propone una nueva economía mixta que produzca sinergias entre el sector público y el privado. Se trata de aprovechar el dinamismo del mercado global teniendo en cuenta el interés público. Para lo cual es preciso lograr un nuevo equilibrio entre regulación y desregulación de los mercados, entre lo global, lo nacional y lo local, entre lo económico y lo no económico en la vida social, entre el riesgo y la seguridad, fomentando la toma de riesgos responsables.

En el contexto de la globalización, la cultura socialdemócrata ha de variar la relación entre el riesgo y la seguridad existente en el Estado del bienestar, con el fin de fomentar una sociedad de individuos capaces de asumir riesgos de manera responsable, tanto en el campo del gobierno, como en el de los negocios o del trabajo. La protección se ha de pensar para garantizar un mínimo de seguridad cuando las cosas van mal, pero también para cuando se han de tomar decisiones en los momentos de transición vital que implican riesgo, hecho muy frecuente en las biografías de los individuos de la sociedad de la modernidad radical. La tercera vía sugiere para la socialdemocracia el mantenimiento del ideal igualitario, eso sí, cambiando su sentido; no a la redistribución «tras los hechos» excepto en casos muy necesarios, sino redistribución de las posibilidades, aun aceptando altos niveles de desigualdad, inevitables para la prosperidad económica del capitalismo. Debería revisarse el concepto igualitarista de la igualdad en función de un concepto más compatible con la diversidad de las formas de vida de la modernidad reflexiva. La idea sería adaptar la redistribución de las posibilidades al fomento de las potencialidades.

Siguiendo el razonamiento, Giddens hace una afirmación que parece hacer de necesidad virtud y tomar los efectos por las causas al afirmar que la frontera

entre igualdad y desigualdad en la era de la globalización pasa por la relación inclusión/exclusión. La política de la tercera vía define la igualdad como inclusión y la desigualdad como exclusión. Exclusión no es desigualdad, sino mecanismos sociales que separan a grupos de individuos del resto de la sociedad. La clave de las políticas igualitarias es garantizar a toda la población la inclusión en sus diversos aspectos básicos de ciudadanía, derechos civiles y políticos, el acceso al trabajo, la educación y la salud. La exclusión, por el contrario, aparta a individuos y grupos específicos de la sociedad de los bienes necesarios para considerarse integrados. De hecho la concepción que vehiculan tales afirmaciones es la propuesta de evitar las peores consecuencias del neoliberalismo, la exclusión social, pero no la desigualdad, es decir, ir a sus fuentes.

Giddens habla de exclusión en un doble sentido: exclusión de los de arriba. Los muy privilegiados han llegado a unos niveles de opulencia que pueden optar por vivir aislados en sus áreas urbanas, clubes, zonas de veraneo, etc., que dejan de tener contacto con otros sectores sociales en su vida cotidiana y sus intereses ligados al mundo global pueden prescindir de los de sus vecinos de localidad. Exclusión en un sentido de que un considerable contingente de individuos puede pasar a formar parte de un colectivo que apenas si tiene importancia para el funcionamiento normal de la economía, ni como productores, ni como consumidores, por lo que son prescindibles desde el punto de vista del sistema. Luchar contra esta doble exclusión es un objetivo de la tercera vía puesto que la exclusión de los primeros conlleva el desinterés de un sector con tanta capacidad de aportar recursos a la colectividad y la de los segundos a cronificar una situación de desarraigo y miseria en un conjunto diverso de la población que no tiene la motivación para ejercer los derechos ciudadanos y políticos que le son reconocidos. Para contrarrestar esta tendencia cree que se puede promover el «liberalismo cívico» que consistiría en fomentar el espacio público en el cual pudiesen sentirse solidarios unos con otros.

Giddens también incluye como crítica a las consecuencias a largo plazo del Estado del bienestar la idea del economista Assar Lindbeck de riesgo moral, que viene a destacar que en situaciones de protección por el Estado del bienestar clásico la gente utiliza dicha seguridad para cambiar el comportamiento, redefiniendo el riesgo por el que están asegurados. Es decir que la gente actúa como un optimizador particular partiendo de un contexto de las oportunidades ofrecidas. Por ejemplo ante ofertas de trabajo que no sean apetecibles dada la cobertura de que goza puede rechazarlas y contribuir a aumentar el desempleo. Siguiendo esta lógica a mayor seguridad mayor riesgo moral. En estas condiciones se genera un nuevo marco de expectativas independientemente de los propósitos para las que se crearon las medidas de protección y se fortifica en

forma de intereses corporativos de los beneficiarios que bloquean la flexibilidad que requiere el Estado ante los cambios sociales. Giddens sugiere que el Estado del bienestar no sólo ha de proteger contra los riesgos, sino que ha de aprovechar la dimensión innovadora del riesgo y aportar recursos para que se enfrenten a ellos, no sólo los empresarios, sino también los trabajadores y otros agrupamientos sociales. Es lo que llama el bienestar positivo, por oposición al negativo basado exclusivamente en la protección. La base de estas políticas es la inversión en capital humano.

La financiación del Estado del bienestar se ha de mantener en sus actuales niveles, pero reenfocando y racionalizando sus políticas y gestión, manteniendo el principio de universalidad de las prestaciones; de lo contrario sus efectos tienden a dividir a la población y a debilitar el esfuerzo público y la moral ciudadana. El principio guía de las políticas del bienestar es la inversión en capital humano en lugar de provisión de sustento: sólo donde el primero no es posible se ha de acudir al segundo. En especial, dicho principio debe guiar las políticas en el mercado laboral y no apostar a la desregulación como solución. Las fórmulas que ofrece Giddens son las del Estado social inversor, en lugar del Estado del bienestar, en el marco de una sociedad de tomadores de riesgo positiva en la cual el sector terciario tuviera mayor relevancia, una sociedad del bienestar. Además, el Estado ha de contar con la potenciación del empresariado como promotor de empleo, ayudando a crear capital empresarial, reestructurando los sistemas del bienestar para que se adapten más a las coyunturas de los negocios y asociándose para llevar a cabo proyectos públicos con la empresa privada ayudando a su expansión.

El bienestar ha de replantarse sobre la base de un nuevo contrato social entre individuos y gobierno basado en la autonomía, el desarrollo personal y la responsabilidad individual. El nuevo pacto social que propone Giddens no es el socialdemócrata clásico entre capital y trabajo, sino el liberal-social entre individuos y soberano, abandonando la idea del pacto entre los agentes clásicos y los nuevos agentes en los que basar la política del realismo utópico. Ahora han de ser los individuos autónomos y creativos los que calculen la necesidad del pacto inspirados por sentimientos de justicia y altruismo. No existen lógicas de la acción colectiva diferentes; las individualistas y calculistas movidas por sentimientos egoístas y/o altruistas y basadas en dinámicas del reconocimiento que generan identidades colectivas «nosotros», cuyos costes y dinámicas de acción no son reducibles a las de los individuos, esencialmente por los que en el proceso de reconocimiento descubren intereses y forman identidades compartidas.

Sostenemos que la tercera vía no es congruente con los problemas de la modernidad reflexiva y los programas pensados por Giddens en la primera

mitad de los noventa que para la modernidad reflexiva siguen siendo análisis y propuestas productivos. Los problemas clásicos del crecimiento de la desigualdad que planteaba el socialismo clásico aumentan en la era de la globalización y de la modernidad reflexiva, hegemonizadas por el neoliberalismo. La tercera vía deja sin resolver, tanto los problemas nuevos que la modernidad reflexiva plantea, como los problemas clásicos sobre la desigualdad del socialismo, por lo que deja un espacio ideológico-político a su izquierda con un potencial creciente que puede ser cubierto y debe serlo.

Los análisis de la modernidad reflexiva de la primera mitad de los noventa ponen de relieve que la nueva radicalidad moral y política se halla en los movimientos y asociacionismo voluntario que surgen como reacción frente a los problemas de la modernidad tardía y la globalización neoliberal y que un nuevo socialismo no se ha de pensar a la manera racional-cibernética, como en la modernidad simple, ni como una metanarración histórica basada en una contradicción económica fundamental, sin que ello signifique que tanto los movimientos emancipadores clásicos, como una izquierda clásica y sus diversas ideologías renovadas no tengan un papel básico que jugar en la dinámica transformadora. Si se ha de reconstruir un espacio a la izquierda de la tercera vía para afrontar los problemas que ésta no resuelve, el mínimo común denominador en torno al cual conjugar la pluralidad de agentes ideologías y valores y la multidireccionalidad de actitudes poscapitalistas y socialistas ha de ser la democratización de la democracia en sentido dialógico y en los diversos niveles de las relaciones sociales.

Bibliografía

- GIDDENS A. (1971): *Capitalism and Modern Social Theory*, Cambridge University Press. (*El capitalismo y la moderna teoría social*, Labor, 1977)
- GIDDENS A. (1976): *New Rules of Social Method. A Positive Critique of Interpretative Sociologie*, Hutchinson. (*Las nuevas reglas del método sociológico*, Amorrotu, 1987)
- GIDDENS A. (1981): *The Class Structure of the Advanced Societies*, Macmillan, 1981 (*La estructura de clases en las sociedades avanzadas*, Alianza)
- GIDDENS A. (1984): *The Constitution of Society. Outline of the Theory of Structuration*, Polity Press. (*La constitución de la sociedad*, Amorrotu, 1995)
- GIDDENS A. (1985): *The Nation-State and Violence*, Polity Press.
- GIDDENS A. (1990): *The consequences of Modernity*, Polity Press. (*Consecuencias de la modernidad*, Alianza, 1993).
- GIDDENS A. (1991): *Modernity and Self-identity. Self and Society in the Late Modern Age*. Polity Press. (*Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*, Península, 1995)
- GIDDENS A. (1994): *The Transformation of Intimacy. Sexuality, Love and Eroticism in the Modern Societies*. (*La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*, Cátedra, 1995)
- GIDDENS A. y otros (1994): *Reflexive Modernization. Politics, Tradition and Aesthetics in the Modern Social Order*, Polity Press. (*Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*, Alianza, 1997)
- GIDDENS A. (1994): *Beyond Left and Right. The Future of Radical Politics*. (*Más allá de la izquierda y la derecha. El futuro de las políticas radicales*, Cátedra, 1996)
- GIDDENS A. (1998): *The Third Way*. (*La tercera vía*, Alfaguara, 1999)
- GIDDENS A. (1999): *Runaway World*. Profile Books. (*El mundo desbocado*, Taurus, 2000)
- GIDDENS A. y HUTTON W. (2000): *On the edge. Living with global capitalism*. (*En el límite. La vida en el capitalismo global*, Tusquets, 2001)

Registro bibliográfico

RIUTORT SERRA, BERNAT

«Modernidad reflexiva y/o *tercera vía*», ESTUDIOS SOCIALES.
Revista Universitaria Semestral, Año XIII, N° 25, Santa Fe,
Argentina, Universidad Nacional del Litoral, segundo semestre
2003 (pp. 47-88).

Descriptores · Describers

Segunda modernidad / sociedad del riesgo fabricado /
realismo utópico / Nuevo Laborismo / tercera vía
Second modernity / society of manufactured risk / utopian
realism / New Laborism / third way